

A romantic scene in a library. A man in a white shirt and tie is embracing a woman in a dark dress. They are standing in front of a white fireplace. The room is filled with bookshelves and two floral armchairs with orange cushions. The floor is covered with a red patterned rug. The scene is framed by white decorative flourishes in the corners.

Un Falso Caballero

Serie "A La Caza De Un Noble" 5

D.J.57

Amaya Evans

UN FALSO CABALLERO
Serie “A La Caza De Un Noble” 5

AMAYA EVANS

2018

Título Original: Un Falso Caballero

Copyright © 2018 por Amaya Evans.

Diseño de portada: ©Amaya Evans.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Sinopsis

Lady Marianne Abberton, condesa viuda de Carlisle, acaba de perder a su marido hace menos de un año y aunque lo extraña, le queda el consuelo de su hija y de su familia para pasar por esos duros momentos. Ella está convencida de que el hombre que enterró, era un caballero correcto en todo el sentido de la palabra, un padre amoroso y un marido respetuoso que siempre se preocupó por ella y por su hija pero cuando un día llega Damien Trayford asegurando que es el verdadero y único heredero del conde, queda devastada al darse cuenta de que entre su marido y ella existían demasiadas cosas sin decir y la imagen que ella tenía de él, se viene abajo. Sin embargo todavía se rehúsa a creer que un hombre como Damien pueda ser familiar de su esposo y se dedica a averiguarlo sin esperar que en el camino, se enamore de ese hombre y se descubran muchos secretos que debieron quedarse escondidos por el bien de todos.

CAPÍTULO 1

Marianne esperaba en el salón de los barones de Látimer a que su vieja amiga Pippa se encontrara con ella. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían visto. De hecho fue cuando ella se casó con el conde de Carlisle. Por fin, Pippa bajó y apenas la vio, extendió sus brazos —Oh Dios mío, creí que jamás nos veríamos de nuevo.

—Pippa, que gusto verte de nuevo, mi querida amiga—las dos se fundieron en un gran abrazo por un rato y al separarse Pippa la miró de arriba abajo—te ves muy bien.

—Creo que tu, te ves mucho mejor. El matrimonio y el ser madre te han sentado de maravilla.

—Creo que es tanta felicidad—su rostro tenía un aspecto soñador.

—Oh ya veo...—comenzó a reír—ese apuesto esposo tuyo es el culpable.

—Definitivamente—llamó al mayordomo y le pidió un servicio de té.

Ambas se sentaron para ponerse al día en todo lo que había pasado en sus vidas.

—Y dime ¿Cómo es que decidiste venir a Londres?

—Mi padre ha tenido que venir a unos asuntos y de paso ha querido

que lo acompañe. Estaba tan agobiada y deprimida en esa casa enorme casa de campo que ahora se siente tan sola, que accedí únicamente para que Daphne se divirtiera un rato y para poder ver a mi buena amiga.

Pippa la observó por un momento; su amiga, a pesar de llevar luto, no había perdido su belleza. Todavía recordaba cuando la vio por última vez frente al altar, en su boda con el conde de Carlisle que la conoció en uno de sus viajes a la India y con el tiempo empezaron a coincidir en diferentes eventos. El padre de Marianne tenía un importante cargo en la India, y vivía allí con toda su familia. El conde que al parecer quedó inmediatamente prendado de la belleza de su amiga, no dudó en pedirle matrimonio y enseguida la trajo a Inglaterra, a vivir con él en su impresionante casa en Gloucestershire. Pero hacía poco, el conde había muerto en un accidente, dejando a su amiga sola y prácticamente desamparada, pues ella no tuvo hijos varones que heredaran su título y ahora todo iba a parar al estado. Marianne tendría que casarse de nuevo para poder tener un buen futuro y el estilo de vida al que estaba acostumbrada.

—Mi padre está empeñado en casarme de nuevo, pero yo quiero guardar luto por un año más y luego irme a vivir lejos, en el campo.

— ¿Pero qué dices, mujer? Eres una preciosidad y estás muy joven aún como para recluirte como si fueras una monja.

—Tengo más de veinticinco años, y esa edad no es muy recomendable.

—No lo es para una jovencita que desea casarse, pero no es el caso para una joven viuda.

—De todas formas, no quiero hacerlo—su respuesta le dejó ver a Pippa lo mucho que le molestaba tocar ese tema.

—No pienses en ti, Marianne. Piensa en tu pequeña. Lo mejor que

podía pasarle es que te casaras con un noble que la acogiera como parte de su familia aunque no lleve su apellido, pero que al menos ella pueda contar con su protección y respaldo.

—Mi pobre Daphne. Es tan pequeña y ha sufrido mucho por la muerte del conde. Para ella, él era el único padre que conocía.

—Lo entiendo, debió ser devastador para ella. Aunque solo tenga cinco años, entiende todo y preguntará por su padre, imagino.

—Lo hace todo el tiempo—dijo ella con tristeza.

—Disculpa que sea imprudente, pero... ¿el conde garantizó el futuro de la niña de alguna forma?

—Sí, por supuesto. Tanto a ella como a mí, nos ha dejado una asignación más que generosa para nuestros gastos.

—Bueno, eso me deja tranquila. Sin embargo, sería todavía mejor si pudieras casarte.

—Primero quiero salir del luto y todavía faltan meses para eso, de manera que tendré tiempo suficiente para analizarlo—le dijo por salir del paso sabiendo que al final no lo haría.

Las dos amigas estuvieron una buena parte de la tarde hablando de sus cosas y tocando temas un poco más agradables. Al terminar ambas se despidieron con la promesa de volverse a ver para ir a algunos lugares interesantes que seguro le gustarían también a la pequeña Daphne.

De vuelta a su casa donde estaba alojándose con su padre por el momento, Marianne llegó a ver a su pequeña hija, subió las escaleras de prisa porque sabía que estaría despertándose de su hora de sueño y preguntaría por ella. Al abrir la puerta, la encontró abrazada a su niñera llorando.

— ¿Que pasó, querida?

—Se despertó y preguntó por usted, pero como no estaba se asustó y se puso a llorar—explicó la niñera.

—Oh cariño, no hay nada que temer. Solo estaba en casa de una amiga, de Pippa. ¿La recuerdas?

La niña asintió lentamente y alargó los brazos a su madre que inmediatamente la cargó—Ella te ha enviado saludos y me ha dicho que quiere verte pronto para que vayamos a muchos sitios interesantes. ¿Te gustaría eso?—le dio un beso en la frente.

La niña volvió a asentir hipando—mami no te vuelvas a ir. No quiero que pase lo mismo que papi.

—No pasará mi niña. Yo siempre estaré a tu lado, mi amor.

La pequeña Daphne pareció estar satisfecha con la respuesta de su madre y se recostó en su pecho—mami ¿vamos a comer pastel?

Marianne se echó a reír—siempre quieres pastel cuando acabas de despertar. Te daré un poco pero promete que comerás todos tus vegetales.

—Lo prometo—le dijo con una enorme sonrisa, esta vez. Marianne volvió a darle otro beso y la abrazo fuerte—te quiero tanto, hija. La niña sonrió de nuevo—yo también te quiero mucho, mami.

— ¿A qué lugar iremos con Pippa?

—Cariño, cuando estemos solas, puedes decirle Pippa, pero recuerda que delante de todo el mundo debes llamarla baronesa.

—Sí, ya sé, mami. Soy una dama educada—le respondió con una expresión de total seriedad.

Marianne no pudo evitar reírse—lo eres, cariño.

—¿Podemos jugar a las visitas? —era su juego preferido, donde ambas pretendían ser unas damas de sociedad que tomaban el té y hablaban de chismes del momento, mientras su hija como excelente anfitriona, le brindaba té y pastelillos.

—Muy bien, pero solo un rato.

—Abbie, avisa que traigan un poco de té y pastelillos de naranja de esos que la señora Baker hizo hoy, por favor.

—Sí, milady.

Marianne miró la habitación de su hija y sintió un dolor agudo en el pecho, al saber que esa no sería más su casa porque sin heredero varón, esa casa, a no ser que ella misma la comprara con su dinero, sería algo que otro disfrutaría.

No le preocupaba quedar sin nada porque afortunadamente su esposo se había encargado de dejarles una buena asignación y su padre siempre pendiente de ella, había insistido al conde en la firma de un contrato prematrimonial, donde ella pudiera tener cierta cantidad de dinero para uso exclusivo y que quedaría por fuera de los términos de la herencia y el título de su esposo. El conde aceptó y gracias a ello, Marianne pudo asegurar un vida con comodidad sin embargo no una llena de lujos. Pero eso a ella no le importaba, ahora lo que deseaba era estar sola con su hija sin que nadie la

molestara y cuando Daphne estuviera un poco más grande la llevaría a América para que pudieran establecerse allí. Sabía que su amiga Pippa deseaba que ella se quedara en Inglaterra pero aunque en América también había distinción de clases muy marcada, era menos la intriga o el parloteo constante sobre la vida del prójimo y eso era algo que agradecería enormemente. Ella quería estar lo más lejos posible de los chismorreos. Sobre todo porque sabía que eso podía afectar a su hija, aunque dudaba de que alguien la molestara por su origen, ya que su esposo y ella habían sido muy discretos y cuidadosos con ese tema. No tenía más que palabras de agradecimiento para Wilton porque cuando él la conoció, ella estaba embarazada de Eustace, el hijo de un conde que al obtener lo que quería de ella y seducirla, se fue de la India a pedirle matrimonio a una princesa rusa, con la cual se casó y ahora vivía feliz, sin dedicarle un solo pensamiento a su hija Daphne. Su padre jamás se lo dijo pero ella sabía que estaba decepcionado por su comportamiento a pesar de que ella era muy ingenua y fue por eso que creyó todas las mentiras de ese hombre. Y cuando vio que el conde se interesaba en ella, hizo hasta lo imposible para emparejarlos hasta que lo logró. Ella estaba tan avergonzada que simplemente accedió cuando su padre le dijo que el conde quería casarse con ella, pero afortunadamente, Wilton resultó ser un hombre respetuoso y bueno con ella. Solo la consentía y la cuidaba, de manera que ella le pagó de la misma forma y trató de ser la mejor esposa para él. Cuando llegaron a Inglaterra, él la presentó delante de todo el mundo como la condesa de Carlisle y a su hija Daphne como si fuera de su propia sangre. Marianne suspiró melancólica y se fue a cambiar de ropa a su habitación pensando *¿Qué haría sin su esposo, ahora? Sin él, había un gran vacío en esa casa y en su corazón.*

Una hora después de que su hija y ella estuvieran jugando muy animadas, el

mayordomo llegó con una tarjeta de visita.

—Milady, tiene una visita.

—Estas no son horas de visita, Hobbs.

—Es un caballero que la ha venido a buscar dos veces ya.

— ¿Por qué no me había avisado?

—Milady llegó tan deprisa para ver a la damita, que no tuve ocasión de decirle.

Marianne tomó la tarjeta, decía “Señor Damien Trayford” —miró a su mayordomo— ¿Dijiste que vino dos veces?

—Sí, milady. También comentó que se trataba de un asunto importante.

Ella hizo mala cara. No le daba buena impresión esa falta de cortesía pero tampoco podía ser grosera, de manera que tendría que atenderlo—dígame que espere en el salón, en un momento bajo.

—Por supuesto, milady—el hombre sigilosamente salió de la habitación.

— ¿Que podría querer ese hombre a esas horas en su casa? La curiosidad por saber de qué tema tan importante quería hablarle, le ganó. Hizo una pequeña parada en su habitación, se arregló un poco y bajó a encontrarse con el visitante. Al entrar al salón lo vio mirando algunos libros.

—Buenas tardes.

El hombre la miró con un gesto de sorpresa en su rostro que rápidamente ocultó.

—Buenas tardes, lady Carlisle. Es un honor conocerla al fin.

—Un gusto conocerlo también, señor Trayford. Aunque me temo que no es la mejor hora para vistas en mi casa, mi hija ansía este momento para pasarlo junto a su madre.

—Le ruego que me perdone por ser inoportuno, pero en estas circunstancias, creo que me agradecerá que le haya informado cuanto antes sobre este tema.

—Muy bien—le hizo señas de que se sentara—por favor, tome asiento.

—Gracias.

—Muy bien ¿qué es eso tan importante que viene a decirme?

—Soy el único familiar varón del conde. De hecho, soy su sobrino y heredero del título.

Y con esas palabras el mundo de Marianne se vino abajo.

CAPÍTULO 2

—Eso no puede ser posible—se escuchó a ella misma gritar.

—Lo es madame, y he venido a reclamar lo que es mío.

—Mi esposo jamás me dijo de la existencia de algún sobrino.

—Por supuesto que no le dijo. El conde no era conocido precisamente por su amor a la familia.

—Mi difunto esposo era un hombre que adoraba a su familia—espetó indignada.

— ¿Qué familia, lady Carlisle? Que yo sepa su hermana murió sin verlo por última vez. Ni una carta recibió de su hermano en sus últimos días.

—Tal vez, él no sabía que ella estaba enferma.

—Lo supo. Yo mismo envié las cartas y sé que él las recibió, pero sencillamente no le importó.

—Yo tampoco lo vi a usted aparecerse por aquí, en nuestra boda, en su entierro, o en cualquier otro momento.

—Tiene razón, no lo hice—sonrió irónico—pero es que dudo mucho que mi querido tío me hubiera recibido con los brazos abiertos.

—No veo porque venir entonces a reclamar la herencia de un hombre al que al parecer no le guardaba mucho afecto.

—No, no lo hacía, pero mis sentimientos hacia él nada tienen que ver con el dinero. Yo jamás peleo con eso.

Marianne lo miró mientras él seguía paseándose por el salón como si estuviera haciendo cuentas de todo lo que podría obtener. Tenía un cabello algo rizado de color rubio que le llegaba a los hombros y tenía recogido en una coleta, su piel bronceada, sus músculos tan opuestos a lo que debía ser un caballero. ¡Por el amor de Dios, era como ver a un pirata! Sus facciones daban miedo y no por ser horribles sino por lo duras que eran; ojos azules de un tono parecido a los mares turbulentos que alguna vez había visto, mandíbula fuerte, labios grandes, y alguna cicatriz que daba a entender que su vida tal vez no había sido un camino de rosas. Era un hombre rudo y grosero pero definitivamente muy apuesto.

— ¿Le pasa algo?—escuchó que le decía.

Ella casi dio un salto al ver que la había atrapado mirándolo fijamente—no, no es nada. Solo trataba de ver su parecido con mi esposo, pero la verdad es que no lo veo. Mi esposo tenía el cabello liso, negro, su contextura era más bien delgada.

—No todos los familiares se parecen—no pudo evitar darle una pequeña indirecta—su hija, tengo entendido que no se parece al conde.

Ella se quedó boquiabierta ante aquel insulto—no le permito que ponga en entredicho el parentesco de mi hija con su padre y mucho menos la insinuación velada hacia mí, en ese comentario.

—Lady Carlisle, no he dicho nada que no digan los demás—sonrió irónico—aunque no enfrente suyo—fue hasta ella y se detuvo muy cerca—ahora, podría decirme ¿Cuál será mi habitación?

—Perdóneme—ella lo miró confundida—creo que no le entendí.

—Se lo diré más lento— ¿Dónde— queda — mi —habitación?

¿Pero que se estaba creyendo este infeliz, para tratarla así? Le dieron ganas de abofetearlo—No hay habitación aquí para usted hasta que no tenga la plena certeza de que es familiar de mi esposo. Así que le agradezco que haga el favor de retirarse y vuelva mañana cuando mi abogado esté aquí y pueda confirmar su parentesco con el conde.

—Damien quería ahorcar a esa mujer tan fastidiosa. Pero entre mas se creyera ella por encima de él, más dura sería la caída. Solo tenía que esperar para reclamar todo aquello y dejarla en la calle.

—Muy bien, como usted quiera. Me iré, pero vendré mañana en la mañana y lo haré con mis cosas, así que más le vale que ese abogado suyo esté aquí bien temprano.

Cuando ella se quedó sola quiso ponerse a tirar cosas de la rabia que tenía. ¿Cómo era posible que su vida cambiara en solo unos segundos a causa de un desconocido? Un hombre que jamás había visto en su vida y que de repente le decía que todo lo que su esposo había hecho para su futuro, no contaba porque él era el heredero y ahora todo suyo. ***“No, no, no. Eso no puede ser posible”*** se limpió las lágrimas que corrían por su rostro. ***“Mañana será otro día y cuando el abogado venga seguramente me dirá que él es un impostor y que no hay nada que temer”***

La mañana siguiente, Marianne se levantó de su cama completamente

adolorida. No había podido dormir en toda la noche porque lo único que hacía era pensar en lo que pasaría ese día. La puerta se abrió y vio a su doncella que llegaba para ayudarla a vestirse.

—Buenos días, Milady. ¿Durmió bien?

—No mucho, Irma. Me duele todo—se tocó el cuello tratando de buscar alivio—creo que cada músculo de mi cuerpo duele.

—Sí quiere puedo darle un masaje con aceite de lavanda.

A ella le pareció tentador, pero necesitaba estar lista rápidamente para verse con su abogado. La noche anterior le había enviado de urgencia una nota y él le dijo que lo esperara en la mañana—tal vez más tarde, Irma.

—Muy bien, milady.

—¿Como amaneció mi pequeña?

—La pequeña Daphne está muy bien, amaneció con mucha hambre y creo que ya está desayunando.

—Iré a verla más tarde. Sé que si me ve ahora querrá ponerse a charlar y me dirá que desayune con ella y tengo prisa.

—Ella está distraída ahora, con la niñera. No se preocupe—la muchacha enseguida comenzó a sacar la ropa. ¿Va a salir usted, ahora en mañana?

—No. Voy a verme con el abogado en el estudio dentro de una hora.

—Entonces si me permite, creo que estos se le verían bien—le mostro dos vestidos.

—Ambos eran negros; uno de crepé y encaje mientras que el otro era de seda con un dobladillo también en color negro pero en un tono mate

que contrastaba con el brillo de la seda.

—El de crepé para la mañana. Tal vez en la tarde, el de seda.

—Está bien, milady.

La chica siguió haciendo sus cosas mientras ella se tomaba una taza de té y luego iba a hacer sus abluciones.

— ¿Está preocupada?

—Mucho. De la visita de mi abogado dependen muchas cosas.

—Todo va a salir bien—le dijo la chica que había escuchado de la visita del supuesto familiar del difunto conde.

—Espero que sí—dijo sin mucha convicción.

Una hora después estaba en el estudio hablando con Neil Lanner, su abogado; este le dijo que según ese documento que le había dejado el señor Damien Trayford junto a la carta de la hermana, todo parecía indicar que en realidad era el legítimo heredero del conde.

—¿Que voy a hacer?—le preguntó al hombre.

—Me temo lady Carlisle que nada puede hacerse. Solo esperar que el señor Damien, venga y le diga que quiere hacer con las propiedades. También, me imagino que le dirá si ustedes van a contar con su ayuda, ya que son la viuda y la hija legítima del conde o si no lo va a hacer.

— ¿Puede echarnos de aquí?—preguntó con horror.

—Sí, milady. Desafortunadamente, si puede—la miró apesadumbrado.

— ¿Y en cuanto a la dote de Daphne?

El abogado negó con la cabeza—todo pasa a sus manos. La última voluntad del conde no tiene validez aquí, porque ese dinero de la dote de Daphne haría parte de la herencia de su sucesor.

—No puede ser—estaba desolada—se sentó aterrada de lo estaba sucediendo.

—Creo que lo mejor que puede hacer es hablar con él y tratar de mantener una relación cordial mientras vive en esta casa y encuentra un lugar para irse en caso de que él, le pida que lo haga.

Ella lo miró incrédula— ¿Cómo puede decir algo así?

El hombre la miró avergonzado—lo siento, milady, pero debo ser sincero en este momento. Sin embargo, no cesaré de buscar alguna forma en la que podamos revertir esto. Es por eso que le pido que intente llevarse bien con él y que le pida un tiempo para que usted pueda buscar un sitio a donde irse. Eso me dará tiempo a mí también para hacer algunas averiguaciones.

Marianne estaba nerviosa— agarraba la tela de su vestido, luego se obligaba a soltarla y enderezaba la tela con movimientos largos y nerviosos—Dios, no sé si pueda hacerlo. Es un hombre tan desagradable, prepotente y grosero.

—Me agrada saber que eso es lo que piensa de mí, porque yo tampoco tengo la mejor impresión de usted—dijo una voz detrás de ellos.

Marianne se dio la vuelta tan rápido que casi tira su taza de té al piso. Miró entonces al mayordomo con cara de asesinarlo. ¿Por qué diablos no lo había anunciado?

—Señor Trayford, que sorpresa.

— ¿Sorpresa? —su boca se torció un poco en lo que parecía una media sonrisa—Lady Carlisle, le dije ayer que hoy vendría a instalarme— miro al abogado—espero que el señor Lanner, le haya dejado claro que no soy ningún farsante.

—Ehhh, sí, eso me ha dicho—se tragó su orgullo y trató de poner su mejor cara.

—Muy bien, entonces creo que iré a instalarme—subió sin que ella le dijera nada y el mayordomo no sabía qué hacer. Solo miraba entre ella y el hombre.

—Hobbs, por favor acompañe al señor a una de las habitaciones de invitados.

Él se detuvo—la habitación principal sería la indicada.

—Es que esa es mi habitación.

—Pero usted ya no es la dueña de esta casa ¿verdad?—le dijo como si le explicara a una idiota.

—No pretenderá usted...que yo salga de mi habitación para...

— ¿Dármela a mi? Por supuesto que no, yo he dicho que quiero la habitación del conde. Usted puede quedarse en la suya. —el gesto en su cara decía que disfrutaba mucho de hacerla enojar.

—Pero la habitación del conde está al lado de la mía. No sería decente que durmiera en la habitación contigua a la que usted ocupa.

—Ese es su problema, haga lo que quiera.

Ella tragó en seco. Deseaba mandarlo al demonio y sin embargo tuvo que agachar la cabeza—Hobbs, por favor diga que lleven mis cosas a otra habitación, dígale a Irma y a dos criadas que ayuden con eso.

—Como diga, milady—respondió el hombre mirando a Damien con cara de pocos amigos.

En el momento en que ella vio que ya Damien no podía escucharla, se sentó a llorar su suerte, sin importarle que el abogado estuviera presente.

—Tiene que calmarse lady Carlisle—el hombre le daba palmaditas en la mano—Sé que es duro para usted ver las pretensiones de ese hombre, pero lo mejor que puede hacer es aguantar y fingir que está de acuerdo con él, mientras encontramos la forma de sacarlo de aquí.

—¿Y cree que podemos hacerlo?—le preguntó esperanzada.

—No lo sé, pero créame que haré mi mejor esfuerzo.

Marianne rogó al cielo que eso fuera suficiente.

CAPÍTULO 3

Apenas el abogado se fue ella subió deprisa para ver como habían quedado sus cosas en una de las habitaciones de invitados que eran mucho más pequeñas comparada con la habitación suya. Vio a dos lacayos salir y cuando entró, notó que sus cosas casi no cabían allí, todo se veía apretado e incómodo, sin embargo ella tuvo que aguantarse.

—Milady ¿quiere que le traiga algo?—le preguntó preocupada por la situación, su doncella.

—Nada, Irma. Solo déjame sola, necesito pensar.

—Sí, milady.

Vio pasar entonces a Damien por el frente de su recamara.

—Oh, ya veo que se ha instalado. ¿Le ha gustado su nueva habitación?

—su mirada fija en ella con cierta satisfacción.

—Me gusta, como todas las habitaciones de mi casa.

—¿No se enteró, lady Carlisle? —empezó a reír—usted ya no es más la dueña de esta casa ni de ninguna de sus habitaciones—antes de que ella pudiera decir algo, él se marchó y ella lo único que pudo hacer fue tirar la puerta.

—Milady ¿Es cierto lo que ese señor dice?

—Ahora no quiero hablar, por favor déjame sola, Irma.

La muchacha bajó la cabeza—sí, milady—enseguida salió.

Al quedarse sola, Marianne tomó un frasco de caro perfume y lo tiró contra la pared haciendo que estallara en mil pedazos. Sentía una rabia que la quemaba a cada segundo. *¿Por qué su esposo jamás pensó en esto? ¿Por qué no le dijo de la existencia de ese sobrino? Tal vez es tan mala persona que no quiso siquiera recordarlo o hablar de él. Pero al menos Wilton pudo ponerme sobre aviso o dejar estipulado algo para protegernos a su hija y a mí.* Pensó molesta.

La mañana siguiente llegó demasiado rápido y Marianne sintió que nuevamente no había descansado nada. Bajó un rato después al comedor y se encontró con Damien que ya estaba con el periódico sentado en la cabecera de la mesa como dueño de casa. Ella sintió que la ira se apoderaba de ella al ver su osadía, su mala educación de ni siquiera preguntar, sino simplemente disponer de todo haciendo caso omiso de ella que seguía viviendo allí. Ese puesto era el de su difunto esposo y en caso de que él faltara, era ella quien debía ocuparlo, no ese usurpador.

—Buenos días—la saludo Damien, apenas la vio.

—Buenos días—contestó ella secamente.

—Veo que se siente usted en su casa—la miró de arriba abajo.

—Oh sí, es así como me siento—respondió sin vergüenza—. Lo que me recuerda que debemos tener una pequeña charla sobre su estadía aquí.

—No se apresure, señor Trayford. El abogado ha dicho que parecen

documentos originales pero todavía está por verse si es usted el heredero y hasta que el gobierno no le dé el título, yo puedo quedarme en esta casa que todavía sigue siendo mía.

Damien no sabía porque pero esa mujer tenía la peculiaridad de sacarlo de quicio con sus comentarios, pero tenía que reconocer que era verdad. Tendría que esperar para echarla de allí. La examinó un momento, advirtiéndole que no era vieja, de hecho era más joven de lo que pensó, su figura alta y delgada la hacía ver algo enferma en combinación con ese vestido negro y esa actitud severa. Sin embargo, su cabello rizado de un color castaño cobrizo que a la luz del sol parecía tener pequeños hilos de oro lo tenía encantado, sus ojos de color ámbar con largas pestañas que acariciaban sus mejillas cuando escondía la mirada, esa boca pequeña con el labio inferior grueso que todo el tiempo la veía morderse, y su nariz respingada y altiva como ella, lo hacían preguntarse *¿Como sería tener una mujer como esa en la cama? Seguro no olía como las mujeres a las que estaban acostumbrados los hombres en el mar. Esta olería a rosas, a caros perfumes y no a esos penetrantes olores de perfumes baratos que usaban las cortesanas que alguna que otra vez frecuentaba cuando tenía la necesidad de descargarse un poco. Pero aquello solo era lujuria y con una mujer como esta, él sería delicado... ¡Por Dios! ¿En qué diablos estaba pensando? Esa mujer ya lo estaba volviendo loco. Él jamás estaría con alguien así.*

Marianne tomó unos pocos bocados de su plato. Sentía un nudo en el estómago que no la dejaba comer bien. Y con los ojos de su adversario puestos fijamente en ella, menos podría hacerlo. — ¿Sucede algo?

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Porque me está usted viendo fijamente.

Cuando él iba a responderle una pequeña sombra pasó por su lado

rápidamente y terminó en brazos de Marianne, dejándolo algo sorprendido.

—Buenos días, mami.

—Buenos días, mi princesa. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, mami. Abbie me dio el desayuno y me dijo que me pusiera este vestido—dio la vuelta para que ella la viera.

—Te ves hermosa, mi pequeño querubín.

La niña la miró complacida por el elogio. Luego se percató de que había alguien más en la mesa y vio a un hombre sentado.

—Buenos días—dijo él.

Ella lo miró algo atemorizada—buenos días.

— ¿Es su hija?

Marianne asintió.

— ¿Cómo estás, linda?

—Bien.

— ¿Cuántos años tienes?

Ella mostró su manito— cinco años.

— ¿Y extrañas a tu padre?

— ¿Cómo se atreve a preguntarle eso? Por supuesto que lo extraña.

— ¿Usted siempre contesta por ella?

La niña lo miraba con los ojos muy abiertos— ¿Quién te hizo esa cicatriz?

— ¿Como sabes que alguien me la hizo? Pude hacérmela con un palo,

un vidrio o tal vez un animal...

Ella no dijo nada y él la miró de nuevo, esta vez la detalló de pies a cabeza tratando de ver algún parecido con el conde o con él, pero esta niña tenía el cabello castaño, ondulado como el de su madre y los ojos de un tono verde que no había visto ni en su tía, ni en su padre, la única vez que se lo encontró y que este no lo reconoció. Podría ser que esta niña en realidad no fuera hija del conde eso no se le había ocurrido antes pero al verla supo que no había nada en esa niña que fuera de esa familia y entonces casi suelta una carcajada delante de la viuda al pensar que tenía un argumento más para dejarla sin nada. Al tiempo que lo pensaba, una sensación de rencor se apoderaba de él y una ira inexplicable lo fue llenando cuando pensaba en todo el tiempo que el deseó tener a su padre con él. Pensaba en cuando tenía la edad de esa pequeña niña y deseaba fervientemente que su padre se presentará preguntando por él, llevándole algún regalo, diciéndole que lo iba a llevar con él y que nunca más los iban a separar pero nada de eso pasó y por el contrario un hombre completamente hosco y cruel fue quién lo crió y a quién tuvo que llamar padre. Un hombre que todo el tiempo le recordaba que no era su hijo, que era un bastardo y que su verdadero padre no lo quería. Su madre era una mujer débil que nunca hizo amagó de respaldarlo o defenderlo delante de su esposo porque le tenía terror y evitaba en todo momento que la golpeará.

— ¿Ya dejaste de hacer preguntas indiscretas?—le preguntó a la niña, que no supo que decir.

—La está asustando—le reprochó ella.

—No tengo la culpa de que sea una niña miedosa y endeble como su madre.

—No le permito que me hable ni a mí, ni a mi hija en ese tono.

— ¿Y qué va a hacer?—se le acercó como retándola.

Marianne se dirigió a la niñera—Abbie, lleva a la niña al jardín a que tome un poco de sol.

La niñera inmediatamente hizo lo que le dijeron y tomó a la niña para llevársela de allí.

—Mami...—escuchó que Daphne decía mientras la miraba preocupada.

—No pasa nada cariño, ya salgo en unos minutos para jugar contigo.

Cuando ambos se quedaron solos, ella no esperó a que él avanzara más. Fue ella quien se le acercó hasta estar cara a cara con él y entonces le dio una bofetada tan fuerte que sonó en todo el comedor—no confunda mi buena educación y prudencia, con falta de valor ¡Nunca vuelva a hablarnos ni a mí, ni a mi hija de esa forma! Luego de eso, salió como si fuera una reina y él un simple lacayo. Damien se quedó todavía sorprendido por aquella bofetada inesperada y la fuerza que esa mujer tenía en la mano. Pero de repente empezó a reír. ¿Quién iba a pensar que lady correcta, era una mujer de armas tomar?

Ese mismo día en la tarde, Marianne leía algunos libros contables en el

estudio cuando vio aparecerse a Damien.

— ¿Interrumpo?

—Sí.

El sonrió—me apena mucho, pero la verdad es que necesito hablarle.

—¿Que desea, señor Trayford?

—Bien ya que me lo pregunta de esa forma, iré al grano. Creo que sería una buena idea, si me presentara ante el personal de la casa y les hiciera saber lo que está pasando y que recibirán órdenes mías en un futuro cercano.

—Creo que cuando le hablo usted no me escucha.

— ¿Por qué lo dice?

—Porque ya en varias ocasiones le he dicho que debe esperar, que no se apresure a los acontecimientos.

— ¿Qué más quiere esperar, mujer?

—Usted legalmente todavía no es el dueño del título. Tiene apenas los papeles pero no se ha decidido nada y mientras eso no se haga, usted es simplemente un invitado en esta casa.

— ¡Estoy harto de su estupidez!—dijo él perdiendo la paciencia—. He tenido mucha consideración con usted pero ya me harté. Por supuesto que soy el heredero y usted lo sabe. Lo que pasa es que está haciendo tiempo y no sé para qué, pero ya basta de este teatro. —Se acercó amenazadoramente— ¿me ha entendido? Sí se queda usted aquí es porque a mí me da la gana, y será para obedecer mis órdenes o se largará.

—No voy a seguir sus órdenes, ni nada por el estilo, no sea absurdo—
le gritó.

Damien no supo que se apoderó de él, pero la tomó fuerte de los brazos y la besó.

CAPÍTULO 4

Al principio ella forcejeó pero después se dejó llevar mientras él deslizaba su lengua dentro de ella y el beso se hacía más profundo. Una necesidad ardiente lo atravesó, y colocó sus manos en la cintura de ella para acercarla más. Todo lo que importaba era ese recién descubierto gusto a vainilla que ella despedía y el dulce sabor de su boca. Todavía estaba saboreando ese beso cuando sintió la bofetada.

— ¡Atrevido!— ¿Qué se ha creído? Yo no soy una fulana de esas a las que estará acostumbrado usted. ¡Soy la viuda de su tío!—le dijo horrorizada.

Damien, pensó en lo terriblemente afectada que estaría si supiera que no era la viuda de su tío sino de su padre—se pasó la mano por el rostro—para mí, eso no tiene importancia, usted es una mujer exasperante y si la única forma de callarla siempre va a ser esa, pues lo haré.

—Es usted el peor hombre que he conocido en mi vida—dijo en tono despectivo.

— ¿No ha conocido muchos, verdad?—empezó a reír.

Ella negó con la cabeza—no vale la pena hablarle. En su cabeza la única voz que tiene validez es la suya y así nunca llegaremos a entendernos, sin mencionar que la convivencia ya sea por poco tiempo o mucho, será un infierno.

Cansado de pelear con Marianne y del ambiente poco acogedor que había en la casa, decidió ir a tomar un trago. Quería aprovechar que su buen amigo Lester, estaba en Londres y sabía de sus planes para hablar con una cara amiga y desahogarse un poco. No podía ir a un club de caballeros porque todavía no tenía en su poder la aprobación sobre su legítimo reclamo del título, de manera que fue a un bar del que le habían hablado y que al parecer era un sitio frecuentado por miembros de la sociedad. Ahora, no podía darse el lujo de visitar sitios como los que podía frecuentar cuando era un simple capitán de navío, que no era una profesión mal vista, pero que distaba mucho de ser elegante como lo que se esperaría del futuro conde de Carlisle. Entró a la taberna y vio a su amigo sentado en una de las mesas más escondidas, esperándolo.

—Damien, amigo mío—le dio la mano, es un gusto verte de nuevo.

—Lo mismo digo, Leste. Has estado bastante perdido en estos meses—le sonrió a su amigo.

— ¿Y cómo van tus cosas?

—Todo va de maravilla.

Me alegro—llamó a una chica para que les sirviera dos copas—
debemos brindar por eso.

—Por supuesto.

— ¿Ya eres el conde de Carlisle, entonces?

—No, todavía no. Pero ya he presentado mis papeles que demuestran
quien soy y no cabe duda de que la viuda jamás lo vio venir.

— ¿Y cómo es ella? Alguna vieja arrogante me imagino.

—Te sorprendería verla, mi amigo. No es para nada lo que uno podría
pensar de la esposa de un viejo conde. Ella es hermosa, elegante, altiva,
tan puesta en su sitio que ni un cabello se le sale del peinado.

— ¿De verdad?—pregunto Lester todavía sorprendido con aquella
revelación—. Me imagine que sería una vieja amargada.

—Pues no lo es—dijo aburrido.

— ¿Y esa cara? ¿Es que querías que fuera así?

—No, por supuesto que no—se tomó su copa casi de un solo—pero eso
se ha vuelto un tremendo problema para mí.

—Oh no...—empezó a reír—no me digas que la mujer te gusta.

—No te voy a negar que esa mujer me enciende la sangre. Me exaspera
como ninguna, me lleva la contraria, me desafía en cada cosa, pero me
encanta. Y de unos días para acá ya no hago más que pensar en ella
calentando mi cama.

—Maldita sea, Damien—se echó a reír de nuevo—no quisiera estar en
tus zapatos. No solo quieres el título de tu padre sino a su mujer.

—Su viuda—lo corrigió él.

—Es lo mismo—se encogió de hombros— primero fue de él y eso no será bien visto.

—Nadie sabe que es mi padre y yo tampoco lo diré. No me llena precisamente de orgullo que ese desgraciado viejo me haya abandonado al nacer, pero tampoco voy a renunciar a lo que por derecho me pertenece y me he ganado con creces.

—Te entiendo, y sabes bien que te apoyo en todo. Pero si esa mujer te gusta y te la llevas a la cama tendrás que ser muy cuidadoso. Y si te enamoras de ella... ¡Dios nos ampare! Ni siquiera sé cómo eres, cuando te enamoras de alguna mujer. Siempre has sido tan indiferente a todo que pagaría por verlo.

—No me voy a enamorar—le aseguró—además, no podemos ser mas distintos él uno del otro.

—Y es precisamente por eso, que podrían enamorarse ambos. Esa princesa tampoco ha estado con alguien como tú y lo que es diferente y prohibido, siempre nos atrae, mi buen amigo.

—No creo que eso pase. Sí en algún momento me la llevo a la cama, pues será lo que tenga que ser, pero de ahí a enamorarme de una mujer que seguramente hasta frígida debe ser, no lo apostaría—se burló de su amigo. Pero mentalmente se preguntaba si el vivir en esa casa y convivir a la fuerza con la condesa, terminaría haciendo que ellos dos pudieran terminar involucrados íntimamente.

Unas horas después Damien se despidió de su amigo y se fue a Mayfair nuevamente. Al llegar vio que las calles estaban completamente

desiertas. Por supuesto la actividad en una calle como esa, sería algo inexistente a aquellas horas, mientras que en las calles donde estaba la gente de clase media y baja, todavía estaban llenas de gente caminando, e incluso algunos saliendo o entrando a sus diferentes trabajos a esas tardías horas de la noche. Le pagó al cochero y se dispuso a entrar a la casa, cuando dos hombres que no había visto, se le acercaron y lo tomaron por los brazos.

—Ya era hora de que llegaras, Damien—dijo uno de ellos.

—Nos moríamos de frío y tú, dándote la gran vida—dijo otro.

— ¿Quiénes son ustedes?—preguntó forcejeando con ellos.

—Venimos de parte de un buen amigo—contestó otro que no había visto y era enorme.

— ¿Que amigo?—solo alcanzó a preguntar cuando sintió el primer golpe en el estómago. Luego otro golpe y entonces una voz gritó desde la casa— ¿quién anda ahí?

Inmediatamente los hombre miraron hacía allí, y él aprovechó para darle un golpe en la cara a uno de ellos y luego al otro que no se lo esperaba. Tomó su cuchillo que nunca dejaba y al ver abalanzarse al grandote, espero hasta que estuviera muy cerca y luego en un rápido movimiento aprendido desde hacía años, lo esquivó para quedar detrás de él y hundirle el cuchillo en la espalda. El hombre gritó y se dio la vuelta para atraparlo pero entonces Damien sacó su navaja de la bota y entonces la clavó en su brazo con fuerza. Dos lacayos de la casa junto al mayordomo salieron en ese momento y los matones aprovecharon para huir. El grande que estaba mal herido fue el único que no pudo hacerlo.

— ¿Que ha pasado, señor?—vino Hobbs casi corriendo.

—Parece que tengo un enemigo oculto y estos caballeros han venido de parte de él—miró al hombre tirado en el piso sangrando—. Hobbs haga el favor de preparar un carruaje. Yo mismo llevaré a este infame ante la ley para que responda ante ellos y diga quien lo envió.

—Sí, señor—el mayordomo inmediatamente entró a la casa y a los diez minutos se llevaban al hombre.

Marianne se despertó con un alboroto y salió de su habitación en camisón solo para tropezar con su doncella que se dirigía a su recamara.

—Milady, parece que ha ocurrido una desgracia. Ella inmediatamente se asustó— ¿Le ha sucedido algo a mi hija?

—Oh no milady. Disculpe que la haya asustado de esa forma. Se trata de su invitado, el señor Trayford. Parece que unos hombres lo abordaron cuando entraba a la casa y lo atacaron.

— ¿Él está bien?

—Sí, milady. Me dijo Hobbs que uno de los hombres que lo atacó salió mal herido y que el señor Trayford se lo llevó para que lo interrogaran y dijera quien lo había enviado.

Marianne suspiró—bueno, al menos no hubo nadie muerto. Pero no deja de ser algo terrible que haya tanta inseguridad y que eso haya ocurrido en la puerta de la casa, prácticamente—miró a la doncella— ¿Daphne sigue dormida?

—Sí, milady. No he escuchado que se haya despertado. No he visto a

la niñera.

—Por favor, ve a cerciérate y luego me traes algo para dormir, Irma. Esto que acaba de pasar me deja algo intranquila. Ya llevo días sin poder dormir como se debe y dudo mucho que vaya a conciliar el sueño, ahora.

—Como usted diga, milady. Le traeré un té de manzanilla.

—Gracias.

La chica salió de la habitación y Marianne fue a su cama nuevamente. Aunque no dejaba de pensar en Damien y en que gracias a Dios no le había pasado nada malo. **¿Quién podría querer hacerle algo? ¿Tendría deudas o algún enemigo del pasado con el que tenía cuentas pendientes? Esperaba que no. Lo último que quería era tener ese tipo de personas bajo su propio techo.** Ella realmente no lo conocía, no sabía que costumbres tenía, no sabía nada de su pasado y si lo pensaba bien, podría tener un delincuente o asesino, en su casa. La sola idea envió escalofríos por todo su cuerpo.

Al despuntar el día, Damien fue a desayunar temprano, porque tenía varias cosas que hacer y en especial tenía que resolver aquel tema de los hombres que lo habían atacado. Pero no podía quitarse de la cabeza el rostro de Marianne, porque le parecía extraño que esos hombres supieran donde vivía y que estaba afuera por lo que podían atacarlo cuando llegara. A Marianne no le beneficiaba en nada su llegada y si él se quedaba con todo el dinero y lo que ella tenía ahora, peligraría su futuro. **¿Sería ella capaz de contratar a alguien para asesinarlo?** — pensó algo preocupado. No podía creer que ella pudiera ser tan fría,

pero había visto gente caer muy bajo por dinero. El había hecho averiguaciones y el padre de ella no tenía la fortuna que solía tener hace varios años, cuando ella se casó con el conde. En ese momento ella era una heredera con una inmensa dote que aumentó la fortuna de su padre, pero desafortunadamente todo eso fue a parar a manos de su esposo como en todos los matrimonios y si ahora él faltaba, ese dinero no le sería devuelto. Ella tendría que vivir con su padre o con sus hermanas en calidad de arrimada después de haber sido una condesa y muchas mujeres de la nobleza en su caso, se volverían locas ante esa perspectiva.

Tomó su abrigo y se dispuso a salir consciente de que tendría que estar muy pendiente de la condesa de ahora en adelante. Sí ella pensaba que era un adversario fácil de derrotar, estaba muy equivocada.

CAPÍTULO 5

Marianne estaba en su habitación desayunando. Era más tarde de las 10 de la mañana y sentía que había dormido muy poco.

Su hija estaba allí con ella desayunando porque ese día habían querido hacer una excepción a la regla de no comer en el cuarto de mamá.

—Mami, ¿podemos jugar hoy en el jardín?

—Claro, mi cielo. ¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría que nos pusiéramos nuestros sombreros de jardineras y jugáramos a que tenemos un huerto enorme.

Marianne se echó a reír—me parece muy bien. Podemos comenzar con el rosal que tenemos en la casa y cortamos unas flores para tu cuarto y el mío. Luego veremos cómo hacemos un pequeño huerto.

La niña brincó de entusiasmo—es una encantadora idea.

Marianne sintió mucho amor por esa pequeña personita que causaba tan grandes sentimientos en su corazón. Su hija era una niña tierna de corazón inteligente y muy hermosa. Era un orgullo para ella y sabía que por dentro sufría la ausencia de su padre. Wilton era un hombre serio y a veces distante pero con Dafne era el mejor padre aunque ella no fuera de su sangre él la trataba como tal y se divertía con sus ocurrencias.

— ¿Entonces? ¿Nos vamos al jardín?

— ¡Sí!!—exclamó Daphne feliz.

Ambos bajaron y se dedicaron a pasar un buen rato pero mientras estaban allí, vieron llegar a Damien y acercarse a ellas.

— Buenas tardes

—Buenas tardes dijo Marianne — señor Trayford escuché que tuvo problemas anoche — le comento de una forma que no preocupara la niña.

— Si los tuve. Alguien envió un hombre para que hiciera muy bien su trabajo— su mirada fue tan intensa que ella se sintió incómoda.

— ¿Sucedo algo?

— ¿Además de la visita que me hicieron anoche?—su rostro manteniendo contacto visual todo el tiempo con ella— no, no sucede nada más. Además ya arreglé el asunto.

— Bien, me alegra que lo hiciera — siguió jugando con la niña.

Ella miró a su hija que se notaba nerviosa. No le gustaba que ella se sintiera así en su propia casa por causa de ese nombre. Y tampoco que él la ignorara de la manera en la que lo hacía. Tendría que arreglar las cosas en ese mismo instante—cariño ¿Por qué no te quedas con Abbie mientras yo hablo con el señor Trayford?

—Mami...

—No pasa nada, cielo. Vuelvo enseguida.

—No, mami— le agarró fuerte la mano.

—Ya vengo, cariño. ¿Está bien?

La niña miró a Damien con miedo pero lo que más lo sorprendió fue que después esa mirada se desvaneció para dar paso a otra que decía " cuidado con lo que le haces a mi madre " y entonces él pudo ver claramente que esa pequeña tenía el carácter de su madre. Eso lejos de molestarlo, le agradó.

Ambos se fueron y entraron a la sala de dibujo donde podían hablar de manera más cómoda.

— ¿Y bien? —se la quedó mirando, esperando a que hablara.

—No me gusta su forma de hablarle a mi hija, o mejor dicho la manera en la que la ignora todo el tiempo.

Él se reclinó contra el escritorio—Dime algo Marianne ¿Tu mandaste a esos hombres a que me golpearan?

Ella por un momento pensó que no había escuchado bien. Le parecía increíble que él pudiera haber dicho eso— perdóneme, pero es que creí haber escuchado que usted me culpaba de lo que le sucedió.

—Eso mismo estoy haciendo—dijo como si hablara del clima.

— ¿Cómo se atreve?— se levantó de la silla como un resorte — jamás haría algo así.

—Eres la única interesada en que yo no reciba mi herencia.

—No voy a negar que sea algo inesperado y que por supuesto supone un inconveniente para mi hija y para mí, pero el conde ha dejado una asignación y con eso mi hija y yo podemos vivir perfectamente bien.

Damien no sabía eso y trato de disimularlo — no será mucho o por lo menos no una cantidad que le dé la calidad de vida a la que está acostumbrada.

—Señor, tengo familia. Jamás quedaría desamparada.

—Su padre no podría costear sus gastos y mucho menos la dote de su hija cuando se encuentre en una edad casadera.

—Mi hija tiene una dote que su padre le dejó.

—Yo creo que su abogado no le explicó nada.

Su rostro entonces pareció confundido — ¿Qué debería explicarme el abogado?

— Su hija no tiene nada porque su esposo hizo todos esos arreglos pensando en que no tenía un heredero o mejor dicho, lo sabía pero fue más fácil pretender que ese heredero jamás aparecería. Sin embargo, ahora estoy aquí y esa dote no es para su hija porque ese dinero hace parte de mi herencia.

—Eso es una locura—sonrió mirándolo como si estuviera loco.

— Hable con su abogado. No tengo porque mentirle.

Ella le dio la espalda y él pudo ver que estaba sentada. Era difícil pensar que Marianne tuviera una mente tan calculadora porque a no ser que ella fuera muy buena actriz, no tenía idea de lo que acababa de decirle.

— Lo siento, pero es la verdad—ahora le habló menos agresivo.

Ella volteó a verlo y sus ojos se veían húmedos — voy a hablar con él pero en estos días comenzaré a buscar un lugar donde quedarme. Creo que ya han sido bastante sobresaltos y sorpresas con respecto a esta herencia suya. Falta poco señor Trayford; si todo sale como usted quiere y el abogado me confirma que efectivamente usted va a tomar posesión de todo, yo me iré y usted jamás tendrá que volver a verme. Pero quiero decirle que yo nunca sería capaz de matar a alguien ni de mandarlo hacer. No sé quién tiene interés en que usted esté muerto, pero no soy yo. Ahora si me disculpa mi hija está

esperando.

Damien se sintió mal por sus suposiciones — Marianne, quisiera decirle que...

Ella se dio la vuelta— ¡No! Quien tiene algo que decir, soy yo—sus ojos mostraban una rabia intensa— No le he dado permiso para que me llame por mi nombre así que le agradezco que mientras convivamos bajo el mismo techo, me llame lady Carlisle porque todavía es mi título—luego salió de allí para mañana sin decir nada más.

Damien sintió ganas de empezar a tirar todo lo que había en su camino. ¿Si no era ella, entonces quien? Su mente era un hervidero de preguntas pero la que más le estaba atormentando era pensar en si quería o no, dejar de verla.

Esta tarde fueron a visitar los dos hombres que eran investigadores de Bow Street y que deseaban hablar con él, pero también Marianne estaba en casa y vio cuando llegaron. Cerraron en el estudio como si él fuera el dueño de la casa. Marianne se sintió ofendida a tal punto que cuando salieron del estudio, ella fue a encararlo.

— No me parece que haya estado hablando con esos hombres a puerta cerrada como si no confiara en mí. Yo también vivo en esta casa y estoy en todo el derecho de escuchar lo que diga.

— Primero que todo Lady Carlisle yo desconfío de usted. Y lo que tenga que ver conmigo, qué tiene que ver con usted. Ahora, si usted desea puedo hacerle un rápido informe de lo que hablamos.

Ella se alejó — no se preocupe, ya no quiero saber nada.

Damien la miró sospechando que algo más estaba pasando — ¿Hay algo más que le moleste, lady Carlisle?

— Actúa usted como dueño y señor de la casa.

— No vamos a volver a lo mismo ¿verdad? Creo que ya hemos hablado suficiente de eso y en todas las ocasiones en las que lo hemos hecho, usted ha salido perdiendo.

— Es usted la persona más insensible que he conocido. ¿No tiene usted algo de estima por algún ser humano en este mundo? ¿Se ha puesto a pensar que esa niña a la que parece odiar es su prima?

Si ella supiera... pensó Damien, molesto.

— Lo sé, pero no la conozco.

— Y no desea conocerla—fue más una confirmación que una pregunta.

El cerro los ojos sintiendo que empezaba un dolor de cabeza — no la odio.

—Entonces demuéstreselo.

—Esa niña me mira con rabia—argumentó él.

— Porque usted es grosero con ella y conmigo.

—Ningún niño verá a un adulto que trate mal a su madre como un amigo.

Damien entonces la detalló un momento. Se dio cuenta de que parecía cansada y tenía ojeras ¿Ha dormido bien?

— ¿A qué se debe su pregunta?

—Bueno... La veo algo cansada, parece que no ha podido dormir bien.

—No, no lo he hecho. ¿Cree que todo lo que pasa ahora mismo dejaría descansar a alguien?

—Marianne... —él rozó entonces su mejilla en la más leve caricia— su

piel es algo sublime — sus dedos bajaron a la comisura de sus labios mientras ella la miraba como hipnotizada — jamás había tocado algo tan delicado —se acercó más y ella supo que la besaría. Su mente le gritaba que se alejara pero todo su cuerpo ansiaba ese momento. Damien iba despacio, en ningún momento quería que ella huyera y al ver que no se alejaba, tomó sus labios casi con reverencia. Ella olía a rosas y a primavera, la piel de sus mejillas era extremadamente suave y sus labios también lo eran. Las manos de Damien fueron a su cintura tratando de tenerla aun más cerca y profundizó el beso deslizándose su lengua en su boca húmeda y suave. Marianne lo sorprendió respondiendo a su beso y enredando sus brazos alrededor de su cuello. Una necesidad abrasadora lo atravesó en ese momento pero ella terminó el beso, alejándose abruptamente de él. Esta vez al terminar el beso, ella no le pegó, pero se separó como si la hubiera quemado.

— Debo irme.

Él no la detuvo. También su mente era un torbellino y si ella se hubiera quedado, muy seguramente la habría hecho suya allí mismo.

CAPÍTULO 6

Damien, la esperó para cenar.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor Trayford.

Ambos se miraban, aunque no de mala manera sino como si los dos estuvieran pisando un terreno completamente nuevo.

El se levantó y esperó a que ella se sentara y uno de los lacayos terminara de ayudarla. Luego empezaron a servirles la cena que se veía bastante apetitosa. Una sopa de vegetales de temporada, seguida por diferentes platos con patatas, verduras en vinagre y otros con deliciosas ostras y mejillones. Por último, como plato principal, pez carpa en salsa de anchoas y jengibre.

— ¿Le gusta?—le preguntó ella después de un rato de estar deleitándose con las delicias que había mandado a cocinar para él.

—Como buen capitán de barco, he probado muchas delicias de mar, pero debo admitir que el cocinero es muy bueno porque jamás probé unos mejillones tan exquisitos.

—A mí también me gustan mucho y me agrada como cocina nuestro chef que a pesar de no ser francés como se acostumbra en casa de los nobles, hace cosas deliciosas.

—Creo que para ser buen cocinero lo que se necesita es inventiva y ganas de hacerlo bien, nada de ser francés ni esas cosas absurdas.

Marianne estuvo de acuerdo. Lo observó un momento preguntándose el por qué de su cambio pero al no encontrar una respuesta satisfactoria entre sus muchas conjeturas, se conformó con estar agradecida por eso.

—Marianne cuénteme un poco de su vida. Se dice por ahí que vivió usted en la India.

—Sí, así es. Yo nací en América pero luego de que mi madre murió al nacer mi hermana menor, mi padre que estaba devastado, quiso irse lejos y olvidar todo lo que le recordará la vida feliz que tuvo con mi madre. Más que todo por negocios y allí le fue muy bien. Todo con tutores Y maestros ingleses y nuestras niñeras eran también inglesas, no fue difícil aprender la cultura y costumbres de ustedes.

— ¿Y sus hermanas? ¿Se ve con ellas?

— Lo más frecuentemente que puedo pero ellas viven en la India casadas con dos funcionarios del gobierno y yo a causa de mi matrimonio con el conde vine a vivir a Inglaterra, así que como comprenderá no nos vemos mucho.

— Debe ser duro para usted. Me imagino que se siente sola a veces.

— Bueno, antes tenía al conde pero de todas formas también está mi hija y mi amiga, la baronesa, con quien me veo muy a menudo de un tiempo para acá.

—Oh sí, tengo entendido que son muy buenas amigas.

Las mejores, Filippa es como una hermana, nos conocimos desde pequeña pero dejamos de tener contacto por un tiempo. Cuando nos volvimos a ver

fue como si nunca nos hubiéramos separado.

—Ya veo...

— ¿Tiene usted alguna amistad así?

— Tengo un buen amigo. Compartimos el gusto por los barcos y también nos conocemos desde niños.

—¡Qué bien! Debería atraerlo algún día — dijo antes de poder detener — enseguida cerró la boca y lo miró — perdón no quise ser entrometida.

Damien sonrió — no lo ha sido, le diré a Lester que venga un día a cenar.

— Maravillosa idea. ¿Sabe? Siempre me ha gustado ver la casa llena de gente, tener amigos que lo visiten a uno. Cuando vivíamos en la India era algo muy normal en nuestra casa. A mi padre le encantaba invitar gente y a mí, atenderlos. Mis hermanas sólo se dedicaban a cotillear— empezó a reír.

Damien sintió como si le dieran un puño en el estómago — ella era preciosa, Con esa sonrisa era como si el cielo saliera de repente después de una tormenta. Todas sus facciones hasta ese momento serias, se convirtieron en algo hermoso.

— ¿Pasa algo?

—No.

—Se ha quedado serio de repente.

—No sé si nadie se lo ha dicho, Marianne—la miró inseguro—¿Puedo llamarla por su nombre al menos por hoy?

Ella asintió

—Lo que sucede es que debería usted reír más a menudo. Se ve realmente hermosa.

Ella bajó la mirada—Gracias.

Para no seguir haciéndola sentir incómoda intentó seguir la conversación — entonces me decía que le encantaba tener gente en su casa.

—Si, además en la India el tener huéspedes en su casa es un asunto serio y se considera de buena suerte tener invitados y atenderlos de la mejor manera.

— No sabía eso.

—¿Cómo puede no saber eso? Usted ha ido a la India.

— Por supuesto pero nunca me sumergía en la cultura. Sólo me dedicaba al comercio de telas y objetos lujosos de decoración.

— Entiendo — tomó un sorbo de vino y miro su plato — no sé en qué momento me he comido todo esto.

— Tal vez, lo ha hecho porque ha sido una charla amena.

— Sí, es verdad. — volvió a sonreír y Damien creyó que sus pantalones reventarían allí mismo.

Un lacayo comenzó a servir tres distintos postres para que ellos escogieran; arroz con leche, crema de limón y tartaletas con crema pastelera. Y él dio las gracias en ese momento porque si se hubiera levantado en ese instante se habría avergonzado así mismo debido a la tremenda erección que tenía.

Ambos degustaron el postre, en un cómodo silencio y ella para su satisfacción vio como Damien repetía otra porción de crema de limón. Él, la miró un poco avergonzado—mi pecado es que adoro el dulce, en todas sus formas.

—Puedo verlo, pero no se sienta mal por ello. Yo soy una adicta a la crema de limón desde hace mucho y no hay cena donde no mande a prepararla—sonrió—pero ya en este momento no me cabe una cucharada más. ¡Dios, estoy repleta!

— Yo también, creo que saldré a caminar un rato al jardín ¿me acompaña?

— Creo que aceptaré esa invitación o no podré dormir esta noche por la llenura—se echó a reír.

Damien se acercó a ella y le ofreció el brazo—¿me permite?

Estuvieron caminando lentamente por más de media hora, solo hablando y mirando al cielo que se veía particularmente iluminado esa noche. Al terminar de dar su paseo él la acompañó a la puerta y se fue dándole las buenas noches. Cuando estaba sólo en su habitación pensó que su plan iba saliendo bien pero que podía ser peligroso si llegaba a sentir más que un mero deseo por ella.

CAPÍTULO 7

Los siguientes días fueron notoriamente distintos a los anteriores. Damien y ella comenzaron a compartir más tiempo juntos y en las noches siempre cenaban solos en el comedor donde hablaban de muchas cosas. Él le propuso no tocar el tema de la herencia hasta que fuera toda una realidad y le dijo que mientras tanto intentarían llevárselas bien y sin peleas. Ella accedió encantada y se formó poco a poco una relación cordial entre los dos. Un día ella se estaba arreglando para salir y se encontró en las escaleras con Daniel que también iba de salida.

— Es la misma imagen de la elegancia, Lady Carlisle. Sí me permite el atrevimiento, ¿Va usted a salir esta noche?

— Muchas gracias, señor Trayford. Ciertamente voy a salir, he sido invitada al baile de los marqueses de Everton.

Damien la miro sorprendido — yo también voy a ese baile.

A ella se le hizo raro que lo invitaran, ya que los marqueses eran gente muy elitista pero llegó a la conclusión de que tal vez se había empezado a regar el rumor de que pronto tendría el título de Conde de Carlisle.

—¿Me haría el honor de acompañarme?

Me gustaría mucho pero no sé qué tan correcto sea eso. Aunque es usted el sobrino de mi difunto esposo, pueden empezar a rumorear que usted es un hombre soltero y yo una viuda que vive bajo el mismo techo.

— ¿Y cree que ya no están diciendo algo con respecto a eso?

— Sí, pero no por eso vamos a darles la razón.

— Bien, si es lo que desea no le insistiré más.

Por favor, no piense que le hago un desaire.

— No se preocupe. Tal vez sea lo mejor— besó su mano — nos vemos en el baile.

Ella asintió y subió a su carruaje para llegar al baile primero que él, de esa manera tendría un tiempo prudente entre la llegada de uno y del otro.

Cuando Damien llegó al baile fue anunciado con toda la parafernalia del momento y su nombre fue dicho como el conde de Carlisle, algo que hizo sentir mal a Marianne porque causó las miradas de todos los asistentes hacia ella que era hasta el momento la Condesa viuda. Fue un momento incómodo y le molestó que sus anfitriones no hubieran tenido la delicadeza de prevenirla al respecto. Era terrible que una mujer soltera estuviera viuda y viviera bajo el mismo techo de un hombre soltero, incluso si había una chaperona. En su caso su único acompañante de siempre era su padre que estaba quedándose en su casa hasta hacía muy poco, pero había tenido que partir a Bath por negocios y ahora ella estaba sola allí. Miró a su anfitriona y en sus ojos vio que lo había hecho a propósito.

Lucrecia Beechworth, marquesa de Everton. Siempre fue una mujer intrigante, manipuladora y vengativa. Ella no le perdonaba haber sido la esposa del conde porque según las malas lenguas estaba enamorada desde muy joven de él pero sus padres decidieron casarla con un Marqués que era

mucho más rico. Decían incluso que habían sido amantes antes de que él se casara con Marianne y cuando ella conoció a la joven que se casaría con el conde ardió por la ira que le produjo y se dedicó a despotricar de ella y hacerla sentir mal en todos los eventos donde coincidían.

Debió saber que era ella quién estaba más interesada en hacerle un desplante como aquel.

— ¿Lady Carlisle es eso cierto?— preguntó una de las damas a su lado.

— Lo es lady Lynch, el señor Damien Trayford, es el sobrino de mi difunto esposo y heredero del título.

—Debió ser toda una sorpresa para usted.

—Así es, lo esperaba. Pero el señor Trayford parece ser un buen hombre. No lo conocía pero se ha portado como un caballero.

—Pero querida, usted no debería vivir con él bajo el mismo techo. Recuerde que él, a pesar de ser familia del anterior conde es un hombre soltero y eso puede prestarse para malos entendidos.

— Tienes razón por eso mismo yo le he dicho que nos iremos pronto de su casa.

Ella no habría discutido un tema como ese con nadie pero lady Lynch siempre se había portado muy amable con ella y sabía que su preocupación era genuina, no lo decía por molestarla.

— Buenas noches — escuchó una voz familiar.

— Buenas noches — ambas mujeres hicieron una pequeña inclinación de cabeza.

— Lady Lynch, permítame presentarle a lord Damien Trayford, Conde de Carlisle.

Él quiso decirle que no tenía porque hacerlo pero pensó que lo mejor era no contradecirla.

— Un placer, lady Lynch—besó su mano.

—Lo mismo digo, lord Carlisle. Conocí a su tío y siempre me pareció un hombre correcto aunque un tanto sombrío. Sin embargo le dio honor a su título y espero de verdad que usted haga lo mismo— la mujer tenía cierto aire de autoridad y la forma en la que se lo dijo le hizo entender que era alguien que estaba acostumbrada a que la gente le obedeciera.

Damien tenía en la punta de la lengua una respuesta para ese comentario pero el rostro de Marianne lo decía todo. Estaba asustada por lo que iba a decir y fue por eso que lo dejó pasar.

— Espero hacerlo lady Lynch ahora si me permite voy a dejarlas. Lady Blair me ha concedido este baile y me temo que debe estar esperándome. Marianne se quedó perpleja al verlo sacar a nada más ni nada menos que a la joven más buscada y asediada por los jóvenes solteros de la temporada.

Ella después de un buen rato ya dejó de darse mala vida mirándolo bailar con otras y entabló conversación con la marquesa Wilmington que también estaba allí. Pero lo más inesperado fue cuando Damien se acercó para invitarla a bailar el vals y eso tocó su corazón, pues en una de sus tantas charlas, confesó que era su baile preferido. Los dos llegaron a la pista y él comenzó a moverse con ella alrededor de las demás parejas como si volaran, sus pies se sentían livianos mientras Damien la conducía con maestría por el salón, y los demás asistentes los miraban. Marianne sintió una mano fuerte ceñir su cintura y lo miro a los ojos, consciente de que eran el centro de atención en ese momento. No supo bien lo que sucedió pero en ese preciso instante ella pudo jurar que ambos se dijeron muchas cosas sin tener que hablar. Sintió cosas que no

estaban permitidas en su corazón, por el hombre que era su familia política "Marianne, no puedes, no te atrevas"—se dijo a sí misma, reprendiéndose, pero su mente y su corazón cuando se trataba de Damien estaban en constante conflicto...

—Filippa, por favor.

— ¿Qué? No veo porque actúas como si te dijera que te tiraras al Támesis.

—Es casi lo mismo — dijo Marianne molesta.

— No lo es — se acercó a dónde estaba su amiga oliendo las rosas del jardín— él es ahora el nuevo conde, es un hombre rico, es guapo y dices que ha cambiado mucho contigo.

— Sí pero eso no quiere decir que vaya coquetearle descaradamente — negó con la cabeza — es casi indecente por Dios.

— Maldita sea, Marianne. ¿Por qué diablos es indecente? —Rodó los ojos— acabas hasta con la paciencia de un santo.

Marian volvió a negar con la cabeza — esa boca tuya... deberías cuidar más tu lenguaje. No es el adecuado para una condesa.

— No he dicho nada malo— fingió total inocencia.

— ¿Tu esposo sabe que tienes boca de marinero?

— Por supuesto — sonrío y su mirada se volvió distante, como soñadora — él me ama tal y como soy — luego la señaló con el dedo — tú deberías conseguirte uno así.

— ¿Insinúas que Damien es ese hombre?

— ¿Le gustas o no?

— Creo... que sí — dijo algo insegura.

— Es todo lo que necesitas — tomó una rosa y la corto, luego la puso en la pequeña canasta donde ambas estaban colocando las flores que llevarían adentro de la casa.

— Y continuando con el tema, ¿por qué dices que es indecente?— porque él es sobrino en primer grado de mi esposo—la miró horrorizada—Sería como un incesto.

Pipa hizo como si fuera desmayarse — ¡No exageres! Él es el sobrino, no su hijo te recuerdo. Y ni siquiera en caso de que fuera su hijo, sería algo malo. El hombre no te conocía, jamás te había visto en su vida, ni tú, a él. No es como si fuera un crío y lo conocieras desde que nació o algo así. ¡Por el amor de Dios, si hasta es mayor que tú! No veo nada malo en que el nuevo conde se case contigo.

—¡Por Dios, Filippa! ¿Por qué no vas a la puerta, la abres y se lo gritas al mundo entero?

Pippa la miró con el ceño fruncido— ¡Ay mujer!! Nadie me ha escuchado, sólo estamos las dos aquí —.

Marianne se dijo que no había forma de meterle sentido común a su amiga en la cabeza— Bueno... Ya es tarde y debo irme. Mi hija debe estar esperándome— se levantó sacudiéndose la falda — me encanta la

jardinería pero es muy sucia.

Pippa comenzó a reírse— es cierto pero a mí me encanta — se levantó y le dio un abrazo a su amiga — no eches en saco roto lo que te he dicho, piénsalo. Eres una mujer hermosa, tienes mucha vida por delante y no me gustaría verte sola sin un buen hombre a tu lado.

— Ese es el problema. Que aunque ahora conozco más sobre Damien no sé si es un buen hombre.

— Bien, date la oportunidad de averiguarlo.

— Él ahora es el conde.

— Me dijiste que todavía no estaba todo legalizado.

Ella bajó la mirada — esta mañana al parecer recibió una nota de su abogado y ya es un hecho que debo salir de allí. Si antes no era correcto vivir con él en esa casa, en este momento sería un escándalo.

Filippa la miró apenada —¿Y adónde vas a ir?

—A casa de mi padre por lo pronto.

Marianne— ¿Y si te pide que no te vayas?

La miro como si fuera la primera vez que pensara en esa posibilidad — él jamás me pediría algo así.

CAPÍTULO 8

La charla con Pippa había dejado a Marianne nerviosa y algo impaciente. No veía la hora de poder hablar con Damien y ver qué pasaría. La ocasión se presentó después de la cena, decidieron no ir a su paseo acostumbrado por el jardín después de la cena sino dirigirse al estudio.

— Le pedí que viniera conmigo al estudio porque quiero tener una conversación con usted Mariana. Como ya sabe esta mañana por fin han traído la carta con la confirmación de que los bienes de mi tío y el título han sido traspasados a mí.

— Sí, estoy al tanto, mi abogado me lo dijo — estaba tensa y él lo notó — ya he enviado una nota a mi padre en Bath y le he pedido que me acepte en su casa, aunque creo que será temporal.

—¿En Bath? ¿Se va tan lejos?—no pudo evitar preguntarle.

—No, me quedaré en su casa aquí en Londres pero él ahora mismo se encuentra en Bath—corrigió ella.

—Entiendo...

—Ella no lo miraba sólo observaba la alfombra como si de repente fuera la cosa más interesante del mundo.

Damien todo ese tiempo había estado intentando ser amable con Marianne y hasta seducirla para averiguar si era ella quien lo deseaba muerto pero poco a poco lo que iba conociendo de su personalidad, cada vez le gustaba más y ahora le parecía incapaz de planear la muerte de alguien. Se arrodilló frente a ella — Marianne...— tomó su barbilla suavemente — yo no le he pedido que se vaya.

Ella lo miro sorprendida — pensé que era por eso que quería hablarme.

— Sí, era por eso, no para decirle que se fuera, sino para pedirle que se quede.

—Oh Dios, no podría— respondió inmediatamente.

— ¿Por qué?

— Usted lo sabe muy bien. La gente no va a parar de hablar si ven que vivo con usted aquí. Él se levantó rápidamente pasando las manos por su cabeza con desesperación—primero quiero que me permita hacer algo.

— ¿Qué sería?

—Ya basta de hablarnos de forma tan distante, no volveré a tratarte con tanta formalidad.

—Pero...la gente va a decir que...

— Me importa un demonio lo que la sociedad quiera hablar.

— Pero a mí sí — le habló fuerte — ¿Usted cree que mi reputación no me importa? Esto es lo único que una mujer tiene y si lo pierde no es nada.

— Entonces te hablaré con familiaridad cuando estemos a solas y delante de los demás serás la dama intocable que eres cuando alternas

con la sociedad. — su tono dejaba ver su molestia.

—Está bien, tampoco me siento cómoda cuando nos tratamos de "usted"

—Marianne yo jamás pensé cuando vine a esta casa que pasarían tantas cosas; no pensé que sentiría esto por ti. Con el tiempo he visto que eres una mujer especial, amorosa con tu hija y entregada. Te preocupas por mí incluso cuando no he sido la mejor persona contigo — tomó sus manos — quiero que te quedes. Si piensas que todo el mundo hablara, entonces trae a vivir aquí a una dama de compañía.

—No lo sé, Damien. Todo esto es muy confuso—¿Me quedaría en calidad de qué?

— En calidad de condesa viuda, por supuesto.

— No, Damien. Ya no lo soy, ahora soy lady Abberton, la hija de un Barón.

— Y eso... ¿Te molesta?

Ella negó con la cabeza — No es eso, es solo que se siente raro — dijo con tristeza. Marianne no estoy listo para dejarte ir — lentamente tiró de ella hasta que sus cuerpos estaban casi tocándose. Consciente de que solo los separaba prácticamente una pulgada, miró sus labios apenas controlando su necesidad de probarlos.

Inclinó la cabeza, y poco a poco fue bajando su boca, para que ella pudiera sentir el calor de su aliento, rozó con sus labios, su piel y entonces ella emitió un pequeño jadeo.

—Eres tan perfecta, Marianne. Tan delicada y exquisita—susurró.

Levantó una mano y tiró suavemente del escote de su vestido, dejando al descubierto su clavícula. Pasó su lengua, caliente y suave contra su piel

girándola en pequeños círculos que viajaban a su oreja y entonces al llegar al lóbulo, mordió suavemente provocando un temblor que la recorrió de pies a cabeza. Después de tomó sus labios incapaz de esperar más; al principio todo fue muy suave pero el beso se fue tornando cada vez más intenso y él subió sus manos a los generosos pechos acariciándolos suavemente a través de la tela.

Ella lo detuvo abruptamente.

— No puedo.

— ¿Por qué? Los dos lo queremos.

— Soy la viuda de tu tío, no ha cumplido siquiera el año de muerto y yo me estoy portando como una...

— No te atrevas a decirlo. No permitiré que te trates de esa manera, eres una mujer y tienes deseos, necesidades como yo, como cualquier ser humano, Marianne no hay nada de malo en eso.

— Si lo hay. Yo quise a Wilton, él fue un hombre bueno y generoso conmigo y con Daphne. No se merece que le haga esto.

— No le estás haciendo nada. ¡No eres de hielo! ¿Sientes como cualquier ser humano? ¿Por qué debería ser eso un pecado?

— No lo entiendes — dijo con lágrimas en los ojos — esto no está bien — se apartó de él abruptamente y salió corriendo.

Damien le dio un golpe a la mesa por la frustración y se juró que de alguna forma conseguiría hacerla suya, aunque ahora no estaba seguro de si era porque quería seguir el plan que se había trazado para descubrirla o porque la deseaba demasiado.

La tarde estaba fría, Marianne caminaba por el sendero de piedra a unos kilómetros de la casa de campo de sus amigos Los Barones Látimer la habían invitado pero aprovechando que habría más personas quisieron invitar también a Damien. Ella sabía que era una idea más de Pippa, que de su esposo pero era peligroso que la gente los viera. Ella insistía en que no era sospechoso porque Damien era el conde ahora y se vería mal que la invitaran a ella y no a él, sobre todo porque todavía vivían en la misma casa pero Marianne sabía que el aprovecharía cualquier momento para acercarse a besarla y ella no diría que no, porque sencillamente ese hombre con sus palabras, con su toque, la hipnotizaba aunque después se recriminara por caer. No quería ni pensar en que alguien se diera cuenta de aquello porque sería terrible.

— Buenas tardes.

Hablando del diablo—pensó ella mientras daba la vuelta para verlo de frente.

— Buenas tardes Daniel.

— ¿Qué haces por aquí tan sola?

— Sólo quería caminar —aceleró el paso.

— ¿Puedo acompañarte?

— Si eso es lo que deseas...

Él, la tomó por un brazo con firmeza pero sin hacerle daño — no hemos hablado mucho desde cuando estuvimos en el estudio y...

— Lo sé, he estado ocupada— sus ojos no lo miraban directamente y él supo que lo evadía para no hacer frente a lo que pasaba entre ellos.

— Marianne no podemos seguir así.

— No creo que este sea el lugar para hablar de nosotros —empezó a caminar rápido pensando que cualquier persona podría verlos allí y hacer conjeturas.

— Ningún lugar es correcto para ti.

Ella se detuvo —¿ De qué quieres hablar conmigo?

— Primero quiero pedirte una disculpa por mi comportamiento de aquella noche pero no pude contenerme.

—No lo hagas, yo también tuve culpa por lo que sucedió.

— Quiero aclararte que te pido disculpas más no te prometo no volverlo a hacer — le sonrió y ella no pudo evitar devolverle la sonrisa.

— Eres insufrible.

— Solo digo lo que pienso Marianne. Me gustas demasiado — tomó su mano y ella comenzó a mirar para todos lados. Sería muy comprometedor que los encontrarán así.

— Por favor, Damien. Hay muchas cosas que nos separan, es mejor dejar las cosas como estaban al principio.

— Sólo tú ves esas cosas. No me niegues que sientes lo mismo que yo.

Un ruido de ramas quebrándose los alertó de que alguien se acercaba.

—Oh mira, allí están—dijo lady Linch, que venía con su esposo — la

hemos estado buscando querida. Pensábamos que le había pasado algo.

— Gracias por su preocupación, pero sólo estaba descansando un rato en este hermoso lugar tan tranquilo.

—Me alegro querida se le ve mejor semblante en estos días. Creo que este viaje al campo le ha servido miro a Damien— ¿no lo cree, lord Carlisle?

—Por supuesto, tiene usted razón. Lady Abberton se ve radiante en estos últimos días.

— Por favor, Lord Carlisle, no exagere. Es solo el aire puro del campo lo que ha hecho maravillas en mi estado de ánimo—miró a la pareja— creo que será mejor que nos demos prisa. De seguro estarán preguntando por nosotros.

—Tiene usted razón, señorita Abberton. Las dos parejas se fueron caminando lentamente charlando pero los pensamientos de Marianne estaban muy lejos de allí.

CAPÍTULO 9

En la noche Marianne todavía estaba en su habitación cuando se escuchó sonar la campana media hora antes de la cena. La doncella le dio los últimos toques y ella salió apresurada para reunirse con los demás en la sala de estar. Vio a Damien que departía con algunos caballeros y ella se dedicó a hablar con Pippa y otras damas. De allí procedieron a cenar en el comedor. Todo estaba perfecto y tuvo que reconocer que su amiga se había esmerado. La mesa era todo un festín de sabores de todo tipo; la cena consistió en tres cursos con gran variedad de platos, entre pollo, aves de corral, aves de caza, carne de res, cordero, sopa de castañas, sopa de pepinos, crema de zanahoria, pescado en salsa bechamel, codorniz asada, fricasé de pollo, verduras, salsas y mucho más. Por último, el tercer curso llevaba una variedad infinita de pasteles, cremas, gelatinas, helados, nueces y frutas. Los platos fueron constantemente puestos y retirados por la servidumbre hasta que todo terminó y entonces hombres y mujeres se separaron; ellas se fueron al salón donde podían hablar a gusto, mientras ellos se fueron a fumar cigarros. Pero mientras que él simplemente estaba a gusto con los demás caballeros y hablaban de la situación del país, Marianne tuvo que soportar indirectas y hasta desplantes por parte de ciertas damas que la miraban mal por venir con el sobrino de su esposo. Y lo peor es que estaban empezando a correr rumores de que tal vez eran amantes y de que seguramente ella quiso quedarse en esa casa porque si lo conquistaba todo quedaba en familia. Se

sintió tan incómoda que se disculpó antes de terminar la velada y dijo que estaba algo indispuesta para poder irse a su habitación y llorar a gusto. En ese preciso instante se preguntaba porque no se había largado de esa casa con su hija cuando se enteró de que ya toda la herencia había pasado a manos de Damien.

Pasadas las dos de la madrugada ella sintió que alguien le acariciaba la mejilla y al abrir sus ojos asustados, vio a Damien allí de pie mirándola fijamente.

—¿Estabas llorando?

Ella miró para otro lado—no.

—Si lo hacías. Estabas dormida pero tus mejillas estaban húmedas— acarició su rostro— ¿Soy yo el causante de esas lágrimas?

—Tal vez lo eres indirectamente.

—Yo jamás te haría daño, Marianne. Pero si indirectamente lo he hecho, por favor dime lo que ha sucedido para remediarlo.

Ella no pudo evitar que algunas lágrimas se le escaparan——la gente está comenzando a hablar y me miran como si fuera tu amante, como si no mereciera un mínimo de respeto.

— ¿Quién te hizo ese desplante? — preguntó furioso.

—Las damas que estaban conmigo en el salón, pero tienen razón. No sé en que estaba pensando cuando me quedé en esa casa. Tu eres un hombre soltero que deberías estar buscando esposa y yo una viuda que debería estar criando a mi hija y no estar pensando en otras cosas que...

Damien no la dejó terminar y selló sus labios con un beso devastador. Un beso donde le mostró toda la pasión que había estado conteniendo ese tiempo.

La empujó suavemente—te deseo demasiado en este momento, Marianne. Por favor, déjame tocarte, déjame demostrarte que esto que sentimos no es algo equivocado.

Ella lo miraba temerosa, pero en ningún momento se negó y eso fue todo lo que él necesitó para cubrirla con su cuerpo y besarla de nuevo. La apretó más cerca y ella cerró los ojos, con ganas de más, sufriendo por su boca que ahora bajaba hacia sus pechos. Su cuerpo temblaba, sus rodillas estaban tan débiles que dio gracias por estar acostada en esa cama. Él fue desabotonando su camisón lentamente mientras recorría con suaves besos la piel desnuda que iba dejando camino a sus gloriosos pechos. Su boca comenzó a explorar y tomó un pezón succionándolo con delicadeza pero ella brincó ante la sensación. Era muy nuevo para ella todo eso. Su esposo jamás la tocó de esa manera y tampoco le dedicó atención a sus pechos. Damien ahora desabotonó mucho más el camisón y lo bajó hasta la cintura y rodeó con sus brazos mientras se amamantaba de sus pechos.

—Damien...

Él mientras ella estaba distraída gimiendo por las sensaciones que provocaba en su cuerpo, deslizó su mano por el interior de su pierna, Marianne contuvo la respiración y la expulsó cuando Damien encontró su centro. Los dedos se deslizaron en su canal resbaladizo y se movieron dentro de ella hasta que sus caderas estaban moviéndose contra sus manos.

—Quiero probarte, cariño.

Ella no entendió lo que quería decir hasta que lo vio separarse de sus pechos y bajar su cabeza para encontrarse frente a su sexo y entonces presionó un beso en el centro de este, justo en la pequeña protuberancia sensible que se ocultaba allí. Marianne jadeó por la sorpresa y la vergüenza, pues jamás en su vida se imaginó que eso pudiera hacerse. Damien

acarició la parte interna del muslo tratando de calmarla.

—Por donde quiera que miro tu cuerpo solo encuentro belleza.

Ella sonrió y lo miró detenidamente viéndolo sumergir sus dedos dentro de su humedad resbaladiza, a lo largo de sus pliegues tocando su clítoris con pericia.

—Eres tan suave y estás tan húmeda, mi amor—acarició la protuberancia de carne sensible una vez más, atormentándola. Marianne cerró los ojos mientras él acariciaba su parte más íntima y soplaba su aliento caliente en sus pliegues húmedos. Con su lengua lamió su clítoris y ella se sacudió totalmente sorprendida cuando lo vio colocar su boca una vez más sobre ella y añadir sus dientes a ese momento de deliciosa tortura. Marianne gimió en voz alta por el placer que su lengua comenzó a darle cuando arremetía contra ella. Su espalda se arqueada desde la cama y él continuaba succionando al tiempo que sus largos dedos bombeaban profundamente en su interior, lo que hacía que ella se sintiera como un volcán a punto de hacer erupción. Su cuerpo se estremeció de manera tan intensa que al principio se asustó, sus caderas se movieron contra la boca de él cuando su orgasmo se estrelló a través de ella, dejándola sin respiración por un momento y luego solo quiso gritar, pero afortunadamente Damien estaba allí para silenciarla y abrazarla mientras los temblores que siguieron a su orgasmo la sacudían por su intensidad.

Se dio cuenta de que él, se apartaba por un momento, pero solo fue para quitarse la chaqueta y desabotonar su camisa.

—Por favor, Damien...

—¿Qué deseas, mi amor?

—Te quiero dentro de mí.

—Cariño...yo jamás te haría esperar—se deslizó en su pequeña entrada.

—Oh, Dios, se siente tan bien...

Él se movió entonces en un ritmo lento para darle tiempo a que se acostumbrara a su tamaño. Sabía que no era una inocente virgen pero también sabía que había pasado un tiempo para ella desde la muerte del conde y podía apostar que desde antes de ese momento. Luego sus embestidas fueron más rápidas y furiosas llevándola casi al punto del éxtasis. Marianne gemía alto y él no tuvo más remedio que callarla, o de lo contrario todos se enterarían de lo que estaban haciendo, de manera que la besó y se tragó sus gritos de placer. Damien adoró cada sonido, que salía de ella y quedó extasiado ante la hermosa visión de ella en el momento de su clímax. Cuando Marianne abrió los ojos, él la miraba con adoración y besaba sus pezones y los succionaba suavemente. Pero Damien todavía no había obtenido su placer y nuevamente empezó a empujar en ella suave al principio y rápidamente después. Su toque era intenso en cada parte donde ponía sus manos. Su miembro acariciaba su punto más sensible de una manera devastadora cada vez que entraba y salía de ella, eso la condujo a niveles insospechados que jamás pensó.

—Oh Dios, Oh Damien, ¡Sí! —se arqueó para encontrarse con él y para no ser descubierta por su grito, no tuvo más remedio que morderlo, mientras obtenía su segundo orgasmo y él obtenía el suyo.

Luego cuando ambos estaban intentando regular sus respiraciones, él se dedicó a acariciarla al tiempo que ella temblaba, su vagina ordeñaba su miembro y podía sentir cada espasmo de ella. Marianne no habría podido

moverse aun cuando hubiera querido. Su respiración jadeante y su cuerpo cubierto de sudor, eran algo hermoso a los ojos de Damien.

Marianne estaba recostada en el pecho de Damien mientras él acariciaba su cabello.

— Jamás imaginé que se pudiera sentir algo tan extraordinario.

— Nunca tuviste un orgasmo antes?

Ella sintió sus mejillas arder —¿ por qué lo preguntas?

— Tu rostro mostraba tanta sorpresa cuando lo tuviste que sólo puedo pensar que jamás experimentaste.¿ Mi... tío no se preocupaba por satisfacerte?

—¿Damien qué clase de pregunta es esa?

— Una muy sincera.

— Esas cosas no se hablan.

— ¿Por qué no se hablan? Tal vez no con todo el mundo pero tú y yo, ahora somos una pareja.

Ella alzó la cabeza para mirarlo — ¿lo somos? Por supuesto que lo somos en la miró muy serio.

— Yo no estoy muy segura de eso. Jamás me he portado de esta forma y contigo sólo hago cosas que nunca pensé y que ponen en peligro mi reputación y el futuro de mi hija.

— No hables así... Acarició su rostro

— Una parte de mí quiere estar contigo pero la otra parte de mí que es más sensata me dice que me alejé.

Él acarició su rostro y la besó suavemente; luego se colocó de nuevo sobre

ella — no vas a ningún lado — eres mía, y no pienso dejar que te alejes de mí.

CAPÍTULO 10

Marianne se levantó esa mañana totalmente adolorida entre sus piernas. Recordó la noche anterior y sintió que se sonrojaba. No podía creer que hubiera hecho todo eso con Damien. Todavía podía sentir la humedad cálida en su vagina y a pesar de que todo sobre esa noche le había encantado, se prometió que no volvería a pasar porque si no se había embarazado esta vez muy probablemente, en la próxima si pasaría.

Su doncella entró en ese momento—Buenos días, milady.

—Buenos días, Irma.

—Le traigo un poco de chocolate caliente. La baronesa le envía una nota.

Marianne la abrió y vio que su amiga la invitaba esa mañana a que se uniera a ella y al resto de las damas que iban a una pequeña caminata por los alrededores para hacer un poco de ejercicio matutino. Ella respiró profundamente; no tenía ganas de ver a ese montón de arpías en especial a una que le tenía el ojo puesto a Damien y no hacía más que enviarle indirectas a ella.

—Irma, dile a la baronesa que allí estaré. No puedo simplemente desairar a la anfitriona, así no me guste la idea de dar un paseo esta mañana.

—Puedo decir que está indispuesta milady.

—Esa fue mi excusa de ayer, ya se vería sospechoso, por no hablar de grosero.

—Está bien, milady. Enseguida iré a decirle a la baronesa. Quería decirle también que ya he visto a la pequeña Daphne y está despertando también. Al parecer tiene grandes planes con algunas buenas amigas que ha hecho aquí.

Marianne sonrió—me alegro que al menos ella la esté pasando bien. Daphne necesita conocer niñas de su edad. Por favor dile a Abbie que en cuanto esté lista iré a verla. Que le ponga ese hermoso vestido rosado que le ha regalado la baronesa, ayer.

—Sí, milady—la chica se retiró y Marianne se puso a hacer sus abluciones, aunque su mente estaba todavía en la noche tan especial que había pasado con Damien.

Esa mañana Damien se despertó feliz. La noche anterior había sido algo especial. Tener por fin a Marianne en sus brazos poder hacerla suya había sido una experiencia fantástica. Mientras más la conocía más estaba seguro de que ella no tenía nada que ver en ese ataque en su contra por lo que ahora se había permitido involucrar sus sentimientos pero le seguía preocupando el hecho de no saber nada sobre la persona que lo quería muerto. Su ayuda de cámara lo terminó de vestir y él salió para encontrarse con Marianne en la sala del desayuno. Al bajar vio una multitud de damas; se veían los sirvientes pasar apresurados de un lado a otro y se escuchaba el tintineo de cubiertos contra los platos. En el fondo pudo divisar a Marianne que hablaba con

algunas damas , entre ellas Pippa, qué reía por algo que le acababa de decir Marianne. Se veía hermosa, su rostro estaba radiante y sintió deseos de ir hasta ella para besarla, pero no podía. Debían ser muy discretos sobre todo ahora.

—Oh ya veo que se te han pegado las sábanas — dijo Pippa acercándose a él— la mayoría de los caballeros salieron al amanecer para ir de caza. Sólo unos pocos se quedaron.

— Entonces soy un hombre con suerte porque me he quedado en la adorable compañía de tantas mujeres.

Las damas que lo escucharon se echaron a reír y más de una le lanzó miradas que mostraban exactamente sus pretensiones.

— En vista de que prefiere nuestra compañía a la de los demás caballeros le sugiero que desayune bien pues vamos a hacer una larga caminata algunas de nosotras. —lo miró de reojo—lady Abberton vendrá con nosotros.

— Me encanta caminar, es un excelente ejercicio — dijo enseguida que escuchó que Marianne los acompañaría, haciendo reír a Pippa.

— Eso me imaginé. Entonces acompáñanos por favor, lord Carlisle.

— Lo haré con mucho gusto—mientras lo decía, su mirada no dejó a Marianne ni un solo momento.

Más tarde algunos de los caballeros que se habían quedado junto con algunas damas paseaban por el bosque de altos árboles que se alzaban orgullosos como queriendo tocar el cielo. El suelo estaba lleno de hojas muertas y ramas secas. El olor a flores silvestres y hierbas no era desagradable en lo absoluto

y daba cierta sensación de tranquilidad. Marianne iba un poco más adelante con Pippa mientras él caminaba al lado de lady Blair que parloteaba sin cesar. Gracias al cielo, Pippa noto su deseo de estar con Marianne y lo ayudó a zafarse de la chica. Apenas se vio libre de nuevo, se apresuró a alcanzarla.

—Lady Abberton ¿Está disfrutando la caminata?

— Por supuesto, lord Carlisle. Me encanta pasear aunque no siempre sea en la más agradable compañía.

— Marianne, llámame por mi nombre—le dijo molesto al ver estaba enfadada con él.

Ella miro hacia atrás donde no muy lejos venían pippa y otras damas — No.

Él sonrió y le habló muy bajo — si tú supieras las ganas que tengo de besarte ahora mismo. Los ojos de Marianne casi se salieron de sus órbitas y él no pudo evitar soltar una carcajada.

— Por Dios, Damien. Sé más discreto. Además no creo que quieras que lady Blair se haga una idea errónea de lo que hay entre tú y yo. Eres como todos los hombres en el mundo, cuando obtienen lo que quieren de una mujer, se desentienden de ella. — se alejó para que nadie pensara nada malo pero pudo ver que más de una de las damas los miraba. Damien fue acercándose de nuevo dispuesto a seguir hablando y a explicarle que solo hablaba con ella por guardar las apariencias.

—Marianne, por favor—solo eso alcanzó a decir cuando escuchó el ruido inconfundible de un disparo. Horrorizado vio caer el cuerpo de Marianne y por un momento pensó que su corazón se había detenido al verla allí tirada e inconsciente.

—Marianne— gritó y la sostuvo en sus brazos intentando que

despertará. Busco en su cuerpo la herida y al tratar de darle la vuelta noto una mancha de sangre que florecía a un costado.

—Oh Dios, la han herido. — miró a Pippa que lloraba horrorizada viendo a su querida amiga pálida gimiendo de dolor.

—Marianne cariño, tengo que levantarte. Te va a doler mucho pero si no lo hago puede ser peor, necesito llevarte a casa para que te vea un doctor cuanto antes. Ella asintió despacio y esperó a que el dolor llegara. Damien la cargó lo más delicadamente que pudo pero igual ella grito de dolor.

— Lady Látimer ¿Hay alguna forma de traer un caballo hasta aquí? Estamos lejos de la casa y necesitamos el tiempo.

— Si, por supuesto — llamó a un lacayo que iba con ellos por si cualquier cosa se ofrecía y le dijo que corriera a buscar ayuda.

Mientras llegaban los caballos para llevarla, Damien la sostuvo por un buen trayecto hasta que el barón llegó con dos caballos que halaban un pequeño coche donde subieron a Marianne y rápidamente la llevaron a la casa.

Una hora después el doctor salía de la habitación de Marianne todos estaban en el salón preocupados esperando noticias

— ¿Cómo está doctor?— preguntó Damien enseguida.

— Está bastante adolorida pero afortunadamente la bala entró y salió limpiamente—en un tono carente de cualquier emoción.

Damien casi cayó allí mismo del alivio que sintió—gracias a Dios. Ella...
¿Está consciente?

— Le he dado láudano y he limpiado la herida. También he dado instrucciones de cómo deben cambiar el vendaje. Ahora mismo está dormida y estará algo atontada por un tiempo debido al láudano pero es lo mejor en este momento para evitar que sienta mucho dolor.

— ¿Se recuperará?— preguntó Pippa.

— Por supuesto baronesa, sin embargo debe cuidarse y estar en reposo varias semanas. Yo vendré a verla de nuevo mañana.

— Claro que sí doctor, lo esperaremos entonces.

Damien enseguida se dirigió a su cuarto pero Pippa lo detuvo.

—Lord Carlisle, francamente no creo que sea buena idea estar ahora con ella

— Por favor, debo verla.

—Lo hará, no se preocupe yo lo ayudaré, sin embargo en este momento no es conveniente.

— No me importa lo que diga la gente, si es por eso que lo dice. Necesito verla.

— Lo entiendo pero si usted hace eso la va a exponer delante de todo el mundo y sabe que ella debe mantener una reputación intachable a los ojos de la sociedad. Ya se están escuchando ciertos rumores.

— ¿Cuándo podré verla?— preguntó desesperado.

—No se preocupe, me encargaré de que esta noche pueda verla sin que nadie lo descubra.

Mientras tanto Damien aprovechó para hablar con la pequeña Daphne que se encontraba en su cuarto llorando desconsoladamente por lo nerviosa que estaba ante la perspectiva de perder a su madre.

—Pequeña a tu madre no le pasará nada. El doctor acaba de verla y ha dicho que se pondrá bien. Sólo necesita reposo.

Ella lo miraba desconfiada.

—Tengo miedo—sus ojos llenos de lágrimas le rompieron el corazón.

—Lo sé cariño, pero te prometo que todo saldrá bien y mañana vendré a buscarte si el doctor me da su permiso para que tú puedas verla.

La niña lo miró con esos pequeños ojos llenos de tristeza— ¿me lo prometes?

—Lo prometo—la abrazo fuerte y ambos se quedaron un rato así, dándose apoyo el uno al otro.

Marianne estaba entre dormida y despierta sentía que ponían paños de agua fría en su frente pero todo lo que ella podía sentir era mucho calor.

—Marianne, cariño— escuchó una voz que le hablaba.

— Parece que la herida le ha producido fiebre. Tal vez esté infectada.

— Ya lleva tres días aquí en la cama desvariando— Damien estaba preocupado.

El doctor dice que es normal, que ya le está dando medicamentos pero debemos dejar que su cuerpo luche contra la infección.

— A lo mejor debo llevarla a casa.

— No es prudente, es mejor esperar un poco. Afortunadamente la mayoría de los invitados se han ido y usted podrá cuidarla a gusto, sin temor a ser visto entrando aquí.

—Tal vez sí mandó a traer otro doctor...

Ella colocó una mano en el hombro de él— no va a hacer ninguna diferencia. El doctor que ha venido a verla es uno de los mejores y la persona que usted busqué le dirá lo mismo. Sólo podemos esperar.

La mañana estaba preciosa Marianne se sentía feliz de ver que al fin regresaba a casa o mejor dicho a casa de Damien pero de todas formas sentía emoción de estar saludable y poder regresar. Todavía creía que era un milagro estar viva después de que esa herida se infectara. Afortunadamente ya todo había pasado.

Pippa y su esposo se habían portado de maravilla con ella durante esas semanas que tuvo que estar en cama guardando reposo. Pero ese día por fin estaba colocando el equipaje en el carruaje. La pequeña Daphne saltaba emocionada dentro del carruaje preguntando cuando se irían.

— Marianne te echaré de menos—le dijo su amiga.

— Yo también querida, pero ya estuve mucho tiempo dando molestias.

— Tú nunca serás una molestia, lo sabes bien. Ahora lo que me

preocupa es tu situación actual con el Conde ¿Qué vas a hacer?

— No lo sé creo que tendré que irme a casa de mi padre o tal vez viajar donde mis hermanas.

— ¿Pero te ha pedido que te marches?

—Oh no, por supuesto que no. Damien me ha pedido que me quede con él pero el problema es que no me ha pedido matrimonio ni nada por el estilo. Eso sólo quiere decir que no piensa en mí como una posible esposa para él, sino como una amante. Y aunque en estos momentos tengo muchos sentimientos por él, no estoy dispuesta a ser la amante de nadie.

— Creo que deben hablar, yo lo vi muy preocupado cuando te hirieron. Estuvo al pie de la cama, casi no dormía pendiente de ti. Envió cartas a todo el mundo tratando de averiguar quién pudo ser el autor de este ataque en tu contra. Y de hecho todavía sigue en sus averiguaciones. Pero lo importante es que a ese hombre se le nota lo que siente por ti. No creo que lo haya fingido y es por eso que pienso que deben hablar y sincerarse.

Marianne suspiró cansada—Esperaré a ver qué dice cuando lleguemos a casa.

—Te deseo toda la suerte del mundo—la abrazo.

—Gracias, la voy a necesitar.

CAPÍTULO 12

El camino había estado algo lleno de baches y lodo después de tantas lluvias, lo que hizo que a veces el carruaje saltara mucho. Eso la hizo sufrir por qué todavía sentía dolor en la herida aunque esta sanaba rápidamente. Se habían detenido en varias partes, sobre todo en posadas para descansar, sin embargo se sentía agotada.

—Mami ¿estás bien?—Su hija le había hecho esa pregunta desde que había salido.

—Estoy bien, mi cielo. Sólo algo cansada.

—Ya no falta mucho—dijo Damien con aspecto preocupado—le puso más cojines en la espalda y al costado tratando de que no se sintiera los baches del camino. Marianne trató de dormir aunque no fue fácil debido al movimiento del carruaje pero entonces vio que Damien se colocaba a su lado y la abrasaba, ella se recostó en su hombro y por fin consiguió dormir hasta que una hora después ya habían llegado.

Al llegar a la casa, Marianne subió al dormitorio y su doncella la ayudó a desvestirse.

—Milady ¿necesita algo más?

—No, nada Irma, sólo quiero descansar.

—El señor ha enviado por el doctor para que venga a verla

—No había necesidad de eso —le molestaba que Damien no le consultara las cosas.

—De todas formas debió decirme primero.

— El sólo está preocupado, milady— le dijo la muchacha sonriendo con picardía.

— Mami ¿Te vas a casar con el señor nuevo conde?

—Claro que no cariño ¿Quién te ha dicho eso?

— Es que te estaba abrazando en el coche — su manita estaba en su boca con una expresión de tanto desconcierto que sintió ganas de llorar.

— No mi amor, no voy a casarme con él. El conde sólo estaba siendo un caballero — abrazo.

— Es que él a veces es malo contigo y a veces es bueno.

Marianne pensó lo mismo, pero no le dijo a su hija — efectivamente, hasta la niña se daba cuenta de su cambio de temperamento tan rápido— lo sé amor, pero es que eso sucede cuando él recuerda cosas tristes — no tuvo más remedio que inventar esa mentira a su hija porque por algún motivo que no sabía explicarse, no deseaba que su niña lo viera como un ogro.

—Yo también me pongo triste cuando recuerdo a mi papi.

— Lo sé cariño y es por eso que debemos entender un poquito al conde.

— Sí mami, es verdad. Él, a veces es bueno conmigo. Cuando tú estabas enferma él me abrazó y me decía que todo iba a salir bien.

Ella se sorprendió al escuchar aquello porque jamás se imaginó que Damien pudiera tener un gesto de cariño hacia la niña aunque en el fondo sintió cierta calidez en su corazón.

—Hija ¿por qué no vas con la Nana a tu cuarto y te cambias de ropa?

—¿Puedo venir de nuevo a ver cómo estás?

—Por supuesto mi niña. Aquí te espero para que descansemos un rato juntas. La niña asintió y extendió su manita a la niñera para que fueran juntas a su habitación.

Cuando se quedó sola nuevamente miró a su doncella — los niños todo lo perciben.

—Eso es cierto, milady, Su hija es una niña muy inteligente y sensible. Marianne sintió que sus ojos se humedecían — mi pobre bebé ha pasado por tanto desde la muerte de su padre.

—Milady no se aflija, todo va a salir bien. Usted es una buena persona, tiene un corazón de oro y por eso sé que muchas cosas buenas vienen para su vida.

—No estoy tan segura de eso Irma, pero gracias por tus palabras.

Durante varias semanas todo lo que hizo Damien fue a buscar con ayuda de su amigo Lester y del barón Látimer a la persona que estaba detrás de su ataque y el de Marianne pero por más que buscó no pudo encontrar su rastro. Mientras tanto ella se recuperaba y ahora estaba mucho mejor. Todas las noches hablaban y en ocasiones le leía libros que le gustaban. Cada día su

relación se fortalecía pero siempre estaba presente la sombra de la duda.

Una de esas tardes en las que ambos disfrutaban de su mutua compañía, el abogado de Marianne llegó y pidió hablar con ella.

— Buenas tardes, lady Carlisle... perdón, lady Abberton. Todavía no me acostumbro— dijo mirando a Damien de una manera poco amistosa —¿Podemos hablar a solas?

— Sí, supuesto. Vamos al estudio — ella miró a Damien con una disculpa en su rostro. Cuando estuvieron solos el abogado se sentó a su lado.

—Lady Abberton, vine a darle muy buenas noticias.

Ella sintió escalofríos porque se imaginó que lo que eran buenas noticias para el abogado no serían muy buenas para Damien.

—Por favor señor Lanner, dígame qué es lo que sucede.

— He encontrado pruebas de que el señor Trayford no es el hijo de la hermana del Conde por lo tanto estamos hablando de suplantación. Un crimen en toda la regla y que se castiga con la pena de muerte.

—Marianne se quedó estupefacta ¿Puede repetírmelo?

—Le he dicho que el señor Trayford, no es quien dice ser.

—¿Pero cómo puede usted saber eso?

— Fui hasta la ciudad donde él nació y estuve haciendo ciertas averiguaciones. Me lleve la sorpresa de mi vida cuando me dijeron que ese muchacho en realidad era hijo adoptivo de ella por lo tanto no puede ser el heredero del conde.

— Tiene que haber una confusión, estoy segura de que el señor

Trayford no diría una mentira como esa.

— Pero señora condesa—le llamó por su título, queriendo ganar simpatía— ¿De qué lado está usted? ¿Es que no se da cuenta de que es la mejor noticia en este momento? Si logramos comprobar definitivamente que él es un impostor usted no perderá nada y su hija tampoco. Obviamente las cosas que tienen que pasar al gobierno lo harán, pero la mayoría de las cosas que su esposo le dejó seguirán siendo propiedad suya y no pasarán a manos de ese hombre.

— No lo sé señor Lanner. Debo pensar un poco sobre esto.

— Condesa ¿Qué es lo que tiene que pensar? Todo está más que claro. Sólo he venido a pedir su permiso para pagarle a la persona que me conseguirá un documento que sería la prueba final, y para luego iniciar un proceso en su contra—alegó el hombre molesto.

— Nuevamente le digo abogado no voy a iniciar un proceso en contra del señor Trayford si antes no tengo la plena seguridad de que él no es quien dice ser. Le pido por favor que no insista y que espere noticias mías en estos días.

El hombre se puso rojo de la ira pero no se atrevió a ir en contra de sus deseos — muy bien condesa, será como usted quiera. Pero por favor le pido que al menos, no deje la casa. Siga viviendo aquí hasta que pueda darle esas pruebas. No sería conveniente que se fuera a otra parte y lo dejara dueño y señor del lugar, puesto que no tendríamos la ventaja de que usted puede estar al pendiente de todos sus movimientos.

—Eso no puedo prometérselo, señor Lanner. Desafortunadamente, la gente empieza a hablar y no es conveniente para una dama respetable estar en boca de toda la sociedad por vivir bajo el mismo techo con un

hombre soltero. Como comprenderá se hace más que urgente mi partida.

El abogado asintió—está bien, la he aconsejado lo mejor que he podido pero solo usted puede decidir al final—se levantó de su silla y la miro por un breve momento de una forma que ella no supo descifrar. Luego de eso salió del estudio.

Marianne salió de allí confusa, mil ideas en ese momento pasaban por su cabeza. **¿Quién era en realidad Damien? ¿Por qué se había hecho pasar por el sobrino de su esposo? ¿Qué había detrás de todo esto? Le había mentado todo el tiempo, incluso en sus momentos más íntimos?** No soportaba la idea de que eso pudiera ser cierto sin embargo tenía que hacer sus propias averiguaciones. Pero ¿cómo podría hacerlo? No podría simplemente enfrentar a Damien y preguntarle si todo lo que había dicho el abogado era cierto. La única forma sería que se sincerara con él y dudaba mucho de que eso pasara; él pensaba que ella no se daba cuenta pero ya podía ver claramente que a pesar de todo lo que había pasado entre ellos dos, él todavía dudaba de ella.

— ¿Está todo bien?—era Damien que venía saliendo del salón donde habían estado hacía unos momentos.

—Oh sí, todo está bien. Solo ha venido a preguntarme qué pensaba hacer ahora que te han dado la herencia y a pedirme la firma de algunos documentos.

—Marianne ¿Has pensado en tener otro abogado?

— No lo he pensado y la verdad es que él siempre estuvo a cargo de los asuntos de mi esposo y lo hizo bien, por lo que no veo la razón para

buscar a otro.

— Ese hombre no me da buena espina.

— ¿Te ha dicho algo o ha sido impertinente contigo de alguna forma?

—No pero hay algo en el que no termina de gustarme.

Ella decidió no darle importancia al asunto y cambió el tema—mañana voy a llevar a Gunther's a Daphne. Le encantan los helados de allí. ¿Quieres venir?

—Sabes que no le caigo demasiado bien a tu hija.

—Le caes mejor que antes y el que no le termines de gustarle se debe a que en ocasiones eres muy bueno conmigo pero en otras, no lo eres tanto. Y te lo estoy diciendo con las palabras de ella.

—Lo siento—dijo realmente apenado—esa niña era su hermana aunque no lo supiera y el de verdad se había portado como un infame con ella. Era muy duro para él verla a la cara y no pensar en su padre y en todas las veces que necesitó de él y no lo tuvo mientras esa niña que no era nada de él, vivía feliz con su amor. Pero trataré de ser más amable con ella.

— ¿Y tratarás de no ser tan gruñón?

Él la abrazó—si, trataré—buscó su boca y ella se estremeció de placer, y se dejó caer débilmente contra sus brazos, hundiendo los dedos en su cabello. Se preguntó cuál sería la forma de resistirse a ese hombre pero sencillamente no tuvo respuesta. Damien sabía cómo hacer que el cuerpo de una mujer se derritiera, y era un hombre con vasta experiencia por lo que pudo ver desde la última vez que estuvieron juntos. Conocía la forma de tocarla y vencer su fuerza de voluntad haciendo que ella lo deseara hasta volverse loca. Sus labios se movieron impacientes sobre los suyos, creando la más deliciosa

sensación y provocando que su sangre y su cuerpo entero ardieran por él.

Abandonó sus labios solo por un momento —no sabes las ganas que tengo de hacerte el amor. Me parece que fue hace siglos cuando estuvimos juntos en la casa de la baronesa. No he intentado nada porque has estado convaleciente, pero...—comenzó a darle besos en el cuello y poco a poco fue llevándola al salón que estaba a unos pasos.

—No, Damien—dijo en un susurro—nos pueden ver.

—No me importa, te necesito demasiado.

—Daphne puede venir.

—No lo haré, escuché a la niñera que es hora de su siesta—le dijo sonriendo contra su cuello.

—Tienes todo pensado ¿Verdad? Ella también lo deseaba demasiado, pero las palabras del abogado no salían de su cabeza. ¿Y si hacían el amor de nuevo haciendo que su corazón sintiera más cosas por él, para luego darse cuenta de que en realidad era un farsante?

—Sí, lo tengo todo pensado—Damien la llevó hacia el largo sillón del fondo—soñaba con este momento desde hace días.

Marianne no fue capaz de resistirse a sus caricias y se dijo que si ese era el último momento con él, trataría de disfrutarlo sin pensar en el futuro. Lo vio tomar el dobladillo de su vestido y alzar la falda junto a su camisón interior, su mano tocó su sexo a través de su pantaloncillo de algodón y ella gimió impudicamente

—Te gusta ¿Eh?

Ella asintió mordiéndose el labio inferior y lo sintió meter sus manos en el pequeño orificio de su pantaloncillo para poder introducir dos dedos en su

vagina.

— ¡Dios! mi amor, estás húmeda y lista para mí—se desabrochó los pantalones y entró en ella de un solo empujón—lo siento, mi amor pero no puedo esperar. Quitarnos la ropa tomaría demasiado tiempo y tengo demasiadas ganas de ti.

Marianne contuvo una exclamación de sorpresa cuando él empezó a empujar, empalándola dura y muy profundamente. Cada empujón la subió más alto sobre el sillón y llevó sus brazos a un costado para agarrarse a algo y aferrarse fuerte. Los brazos de él, alrededor de sus muslos, mantenían sus piernas abiertas para tener mejor acceso a ella y también para ver lo erótico del momento, porque para él no había nada más sensual que poder ver como su miembro entraba y salía de ella, haciéndola toda suya.

En ese momento alguien tocó a la puerta y ambos se detuvieron. Escucharon al mayordomo volver a golpear insistentemente— ¿Está todo bien, milord?

—Sí, Hobbs. Todo está bien, puedes retirarte.

—Es que escuché un ruido muy fuerte y solo quería ver que todo estuviera en orden.

Damien rodó los ojos y Marianne se tapó la boca para que su risa no se escuchara.

—Todo está perfecto—le respondió él como si nada pasara tratando de que su voz agitada no lo delatara.

—Muy bien, milord—se escucharon los pasos del mayordomo retirándose y Damien aprovechó entonces para tomar impulso y volver a empujar sus caderas haciendo que ella tuviera que poner una mano en su boca para acallar su gemido.

Los ojos de Damien tenían un brillo travieso—muéstrame esos hermosos pechos, cariño. Desde que los vi por primera vez, sueño que son deliciosos melocotones que como todo el tiempo. Ella sintiéndose hermosa ante sus palabras, fue desabotonando su corset y su camisón en la parte superior. Vio la mirada de lobo hambriento de él y se sintió apreciada.

—Tómalos, amor. Ofrécelos como si fueran un regalo que me das— Marianne se debatía entre la vergüenza que sentía por lo que le pedía y el deseo de hacerlo.

—No sientas vergüenza. Esto es muy normal entre un hombre y una mujer—le aseguró con su voz ronca por el deseo. Marianne no estaba muy segura de eso, pues no tenía como comparar lo que ahora hacía con alguna experiencia anterior. Su difunto esposo, jamás fue tan desinhibido y apasionado. Sin embargo tomó sus pechos entre sus manos y los apretó viéndolo sumergir su rostro en ellos y respirar profundo. Después se alejó un poco para tirar de sus pezones con los dientes hasta verlos convertirse en duros guijarros de color rosa y entonces aceleró sus embestidas.

—Amor, esos deliciosos pechos saben como las cerezas más dulces— dijo arrastrando las palabras con voz ronca.

Marianne sonrió complacida y tomó su cabeza, atrayéndola hacia ella—acaríciame con tu boca nuevamente—se escuchó decir y en ese momento se sorprendió de lo audaz que sonaba cuando jamás había hecho algo así. Damien sonrió al escucharla y bajó la cabeza deslizando su lengua sobre la aureola, mordiéndola sin lastimar para luego tragarla con su boca ávidamente al tiempo que sus empujes se volvían cada vez más urgentes. Ella envolvió sus piernas alrededor de sus caderas y deslizó sus manos debajo de la camisa

desesperada por tocar su piel. Damien la besó amortiguando sus gemidos de necesidad, devorándola en todas las formas posibles.

Marianne clavaba sus uñas en su espalda sintiendo su miembro embestir más profundamente hasta que su orgasmo vibró a través de todo su cuerpo y tuvo que tapar su boca de nuevo para que su grito no se escuchara en toda la casa. Damien también obtuvo su clímax con un gemido fuerte que vibraba de lo más profundo de su ser y que lo dejó totalmente sin fuerzas. Cayó sobre ella intentando respirar y mirándola hacer lo mismo.

Cuando el corazón de ambos, por fin se calmó, él la ayudó a levantarse y ambos se abrazaron. Damien le dio un beso suave en los labios—Ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo en ese sillón, abrazados.

—A mí también me gustaría, pero desafortunadamente no podemos. Mi hija puede venir en cualquier momento, se me ha hecho extraño que no me esté buscado ya.

Damien también era consciente de que el mayordomo tenía que estar pendiente y tal vez hasta se había dado cuenta de todo pero su trabajo no le permitía nada más que ser discreto y callar.

—Marianne se sentía cohibida después de semejante comportamiento tan impropio.

—¿Que sucede?

—Nada—comentó sin mirarlo.

—¿Te hice daño?—preguntó preocupado porque sabía que se había portado como un poseso haciéndole el amor.

—No, no fue eso. Es que jamás me había portado de esa manera tan...

—¿Descontrolada?

—Sí...—dijo con vergüenza.

Damien empezó a reír—amor mío, yo tampoco me controlé mucho—buscó su boca y le dio otro beso—ese es el efecto que tienes en mi, Marianne. Toda tú, me encantas, tienes un cuerpo precioso.

—No es cierto, tengo las marcas de mi embarazo. Definitivamente ya no tengo la piel y el cuerpo de una jovencita.

—Tienes el cuerpo de una mujer madura, con experiencia y eso me gusta más.

—¿Por qué no te quedas conmigo?

—No puedo, Damien.

—¿Es que acaso no sientes lo mismo que yo?

—No es eso, simplemente no es una buena idea—le suplicó que entendiera con su mirada.

Un ruido afuera los hizo poner alerta y empezaron a cambiarse a toda prisa.

—No quiero seguir escondiéndome para estar contigo.

—Yo tampoco, pero la salida no es quedarme aquí como tu amante. Ella deseaba decirle que si le pedía matrimonio se quedaría para siempre con él, pero no se atrevió.

— ¿Por qué diablos te importa tanto lo que la gente diga?

—Porque lo único que una dama tiene en este mundo es su reputación, te lo dije una vez.

Damien no insistió más y ella tampoco dijo nada. Simplemente se pusieron la ropa y cuando ya estaban presentables, él abrió la puerta del salón—voy a

salir, no creo que venga para cenar.

—Está bien—ella sabía que estaba molesto por su negativa pero no podía dar su brazo a torcer. Así que lo vio salir consciente de que tal vez si no regresaba a cenar con ella esa noche, posiblemente buscaría la compañía de algún amigo o de una mujer.

CAPÍTULO 13

Damien se fue a una taberna donde estuvo un buen rato pensando en todo el asunto con Marianne y sentía rabia al pensar que tal vez ella si estaba enamorada del conde después de todo; aunque pareciera que su relación solo había sido cordial, y seguramente esa era la razón por lo que no quería vivir con él.

No podía creer que tuviera celos de un muerto que además era su padre pero así era. Dos horas después de sentir rabia, frustración y al final pena por sí mismo, tomo el último trago y salió de la taberna. Las calles a esa hora estaban bastante solas, y no vio al cochero, de manera que camino a la esquina para ver si lo encontraba pero tuvo poca suerte y no vio el carruaje por ningún lado. Tuvo que caminar aún más para buscar un coche de alquiler pensando que cuando viera de nuevo al cochero lo despediría sin contemplaciones. Notó un hombre con una gabardina larga que venía directamente hacia él muy rápido y tuvo una corazonada. Cuando el hombre estaba bastante cerca sacó un arma y si no hubiera sido porque él rápidamente se hizo a un lado, el disparo le habría dado. Inmediatamente fue detrás del hombre, lo persiguió por todas partes hasta que terminó escabulléndose por un callejón donde él sabía bien que solía estar una banda de ladrones y asesinos. Quiso seguirlo pero estaba solo y no era prudente arriesgar así su vida después de que minutos antes había estado a punto de perderla.

Frustrado, y cansado llegó a la mansión y se encontró con Marianne que salía en ese momento del estudio con un libro en las manos.

Ella se detuvo intempestivamente al verlo en ese estado—¿Qué te ha sucedido?— le preguntó enseguida.

— Un hombre me atacó de nuevo.

— ¡Oh Dios Mío! Tienes que poner la denuncia, esto no puede seguir así.

— Tienes razón, no puede seguir así pero tampoco puedo poner un denunció porque eso ahuyentaría por un tiempo a quién está detrás de todo esto. Aunque ya tengo mis sospechas.

—¿Si? ¿ De quién se trata?

— No querida. No puedo decirte por ahora— su mirada era extraña casi acusadora.

Su mirada se ensombreció— ¿En qué estás pensando Damien?

— En qué no sé por qué sucede todo esto— una de sus cejas se levantó en un gesto de incredulidad —es bastante sospechoso que desde que llegué aquí, me han atacado dos veces o puede que hayan sido tres incluyendo la vez que tú saliste herida.

— Ese ataque fue para mí, de lo contrario tú habrías salido herido, no yo.

— El asesino pudo haberse equivocado. Lo curioso es que por más que he buscado no he podido encontrar al que está detrás de todo esto. Puede que incluso lo tenga frente a mis narices y no me haya dado cuenta. Por más que lo pienso la única persona que sale beneficiada si me asesinan, eres tú.

Marianne enseguida levantó la vista hacia él— no puedes estar hablando en serio.

— Nunca he hablado más en serio.

— ¿Me estás acusando de que quiero asesinarte?

— Es una teoría...

— No, — dijo furiosa — no soy idiota. Acabas de acusarme claramente de que soy la única que saldría beneficiada con tu muerte. ¡Eres un desgraciado! Hemos estado juntos, te he abierto mi corazón ¿Y tú crees que yo quiero asesinarte?

— Vamos, Marianne. Yo estoy enterado de tu secreto. Sé que la niña no es hija del Conde sino de otro hombre con el cual tuviste una aventura.

Marianne se abalanzó sobre él y presa de la furia le dio una bofetada— no fue una aventura. Ese hombre se aprovechó de mi inocencia y me sedujo y si es la hija del conde porque fue él quien la crió, fue la única persona a la que ella conoció como su padre y que la amo como a una hija.

— Puede ser pero definitivamente serías tú la gran perdedora aquí. Y si se sabe lo de tu hija ni siquiera contará con una dote para cuando sea mayor.

— ¿Por qué la odias tanto?— le gritó— yo también sé cosas de ti y son mucho peores—le lanzó a la cara. Sé que no eres hijo de la hermana del conde y tengo pruebas de eso.

— En efecto. No soy el sobrino del conde — le confirmó lo que el abogado le había dicho, y fue acercándose de manera amenazadora — porque soy su hijo— la desesperación tiñó su voz. Ese maldito uso a mi madre para obtener su fortuna y cuando ella quedó embarazada le

dio tan mala vida que ella enfermó de dolor y pena moral hasta que murió cuando me tuvo a mí. Luego teniendo ya lo que quería de ella, se deshizo de mí como un bulto de basura, aprovechó que su hermana no podía tener hijos para dejarme con ella con la condición de que jamás se supiera que era hijo de él y tuve tan mala suerte que quede al cuidado de una mujer débil, aterrada de las palizas que le daba su marido y tuve que aguantar que cuando llegaba borracho primero le pegara ella y luego siguiera conmigo. Tuve que aguantar sus humillaciones y sus malos tratos durante muchísimo tiempo hasta que tuve edad suficiente para revelarme y largarme de allí.

Marianne no supo qué decir en el momento. Cuando se calmó se acercó a él — Yo... No lo sabía. Jamás dijo nada sobre su hijo.

— Por supuesto que no. Odiaba todo lo que yo representaba. Al mirarme recordaba cada uno de sus pecados y eso no lo podía soportar.

— El hombre del que hablas, no es el hombre que yo conocí. Wilton era un hombre amoroso, atento, responsable y jamás haría algo así.

— Entonces parece que estamos en un aprieto porque ni usted me cree ni yo le creo, lady Abberton—su tono era frío, como si no sintiera nada por ella.

— Esas palabras realmente dolieron pero ella tenía dignidad por lo que si él pensaba que era capaz de algo así, no tenía nada que hacer allí. Que se quedará con su maldita herencia y su corazón lleno de odio — ¿Por qué me pediste que me quedara contigo si estabas tan lleno de dudas?

— No lo sé — fue lo único que respondió.

— Esa respuesta terminó de clavar más profundo el puñal en su

corazón.

— Muy bien entonces no tengo nada que hacer aquí subió las escaleras casi corriendo y fue a su dormitorio donde encontró a su doncella poniendo en orden algunos vestidos.

— Milady ¿Le ha sucedido algo?—. Preguntó Irma al verla llorando.

— Irma, empaca todo lo que puedas, ve al dormitorio de Daphne y dile a Abbie que empaque todo lo que pueda de ella. Nos vamos de esta casa.

— ¿Milady?— la muchacha no entendía nada.

— Ya me escuchaste, haz lo que te digo.

Irma hizo una reverencia y salió corriendo hacia dónde estaba la niñera para decirle las órdenes de su señora.

A primera hora del día siguiente, Marianne bajaba las escaleras lista para dejar la casa que durante un buen tiempo había llamado hogar. La miro por última vez tratando de absorber todos los detalles con una sensación de tristeza y derrota.

— ¿Marianne puedo hablar contigo un momento?

El aliento de ella se detuvo. Damien estaba frente a ella con el rostro desencajado y un aspecto desaliñado como si no hubiera dormido.

— No hay nada de qué hablar — se dirigió a la puerta pero él tomó su brazo y la detuvo — será sólo un minuto — ella se sacudió lejos —

dije que no.

— Por favor, quédate.

— Necesitas aclararte Damien un día dices una cosa y al día siguiente dices otra.

— Lo siento, no fue mi intención pagar mi rabia contigo.

— No quiero saber nada de ti — ya me has humillado lo suficiente— un gemido de rabia, de pura impotencia acompañó sus palabras.

Damien le sostuvo la mirada por un momento antes de apartarla sin decir una palabra.

— Quédate con tu maldita fortuna y ojalá que te aproveche.

— ¡Qué magnífica idea!

Pippa miró a su amiga que estaba con ella merendando.

— ¿Te parece?

— Por supuesto. Ir a la calle Wigmore, de compras no subirá el ánimo.

— Solo voy por Daphne. Quiero comprarle algunas cosas y prepararnos para el viaje.

— Compra muchos juguetes, querida. Un viaje a la India es muy largo para una niña de su edad.

— Lo sé, pero mi padre insiste en que lo mejor es ir a casa de mi

hermana. Después de todo lo sucedido, teme por mi vida y por la de Daphne.

— Yo no lo considero tan buena idea. Preferiría que te quedaras aquí, en mi casa.

— No puedo quedarme en tu casa toda la vida.

— Si me escucharás cuando te digo que si te casas podrías quedarte aquí en Inglaterra y vivir muy bien, no tendrías que irte.

— Ahora menos que nunca, haría eso.

—Oh, Marianne— tomó la mano de su amiga — no sabes cómo lamento todo lo que pasó entre Damien Y tú. Para mí, es más que el hombre ideal para ti. Yo pude ver cómo te miraba y lo preocupado que estaba cuando te hirieron. Él sólo está confundido.

— Tal vez, pero yo no voy a esperar que vea todo con claridad y mientras eso pasa, que me trate mal y me humille.

El mayordomo entró en el salón con una bandeja — lady Abberton, ha llegado una nota para usted. Ella alcanzó a ilusionarse porque pensó que era Damien quién le enviaba la nota.

— Te dejo para que tengas privacidad. Pippa salió del salón y elevó una pequeña oración porque fuera Damien el que le hubiera escrito a su amiga.

Marianne abrió el sobre y vio que era de su abogado. Un pequeño pinchazo de decepción paso a través de ella pero se imagino que él estaba demasiado ocupado disfrutando su fortuna como para dignarse escribirle una nota. Se pregunto qué podría querer el abogado cuando ya todo estaba perdido pero recordó su conversación de hacia unas semana donde le decía que conseguiría

una prueba de que Damien mentía. La nota decía que efectivamente él no era el verdadero heredero del conde y que la esperaba en la taberna "Beer and Bead" para darle esas pruebas. No le gustó que la citara en un sitio tan extraño. Siguió leyendo la nota y vio lo que decía en la última parte con cierta preocupación *"por favor no le diga a nadie que nos encontraremos y qué le daré ese documento. Al menos por ahora, es mejor mantenerlo en secreto"*

Cuando nos veamos le diré la razón de tanto secretismo y como último favor le pido que rompa o queme esta nota. No es conveniente que sepan de esto todavía.

Atte,

N.L

Tanto misterio no le gustaba pero confiaba en su abogado y sabía que si le pedía eso tenía sus razones.

Marianne se dispuso a salir enseguida para verse con él. Pero cuando bajaba las escaleras encontró con su doncella.

— Milady ¿va a salir?

— Sí, Irma. Necesito hacer algo pero no demoró.

— ¿Quiere que la acompañe?

—No, no hay necesidad, voy muy lejos — le dijo para quitársela de encima.

La muchacha la miró preocupada pues no era muy Sensato que una dama saliera sola pero no dijo nada y se retiró. Ella inmediatamente salió antes de que pudiera encontrarse con Pippa a la que sabía que no podría mentirle tan fácilmente.

Demoró una hora para poder encontrar ese sitio donde se suponía que se iba a encontrar con el abogado. Entró al sitio que quedaba en un barrio peligroso y que el cochero le dijo que no podía esperarla porque temía que pudieran hacerle algo.

—No se preocupe, la persona con la que vengo a verme, me acompañará a tomar otro coche.

El hombre no esperó más explicaciones y salió de allí a toda prisa. Marianne observó un momento la taberna de mala muerte, se armó de valor y entró. Un ambiente lúgubre y con poca luz la esperaba adentro. Mesas desvencijadas, sillas dañadas, sucias y hombres borrachos de muy mal aspecto que la miraban fijamente, fue todo lo que pudo ver.

— Buenas tardes — dijo al cantinero.

— Buenas tardes, señora.

—Buscó al señor Neil Lanner.

—¡Lady Abberton!—escuchó una voz que la llamaba.

—Oh señor Lanner, que gusto verlo. Ya comenzaba a preocuparme.

—Yo también me alegro de verla, milady.

— No entiendo porque me ha citado en un lugar como éste.

— Es muy serio lo que tengo que hablar con usted y no podemos darnos el lujo de que se sepa antes de tiempo.

— Muy bien — lo miro con sospecha. Se veía nervioso y observaba la gente alrededor.

—Creo que es mejor ir a mi habitación.

— ¿Perdón?— se lo quedó mirando como si estuviera loco—Yo no he

venido aquí para estar en una habitación señor Lanner.

— Por supuesto, qué cabeza la mía. Ninguna dama querría estar en una situación como esa, discúlpeme. ¿Qué le parece si entonces nos quedamos aquí? Pero vayamos a una mesa alejada.

— Está bien — los dos se sentaron en la mesa más distante y él le mostró los papeles, cartas y le contó la historia sobre la familia de Damien.

— Como verá tenemos todas las de ganar — le dijo al final de la charla.

—Puede ser, pero necesito pensar un poco sobre todo esto.

— ¿Realmente quiere usted pensar en sí denuncia o no a este hombre que está suplantando a un familiar del Conde? ¿Un hombre que le quitará toda su fortuna?

—Entiendo que a usted pueda parecerle algo extraño pero no quiero culpar a alguien sin haberle dado el beneficio de la duda. De todas formas ya tengo estos papeles y será cuestión de pocos días antes de que lo llame para que nos pongamos de acuerdo.

— Como usted quiera condesa—el hombre quería ahorcarla por ser tan estúpida pero trató de disimularlo y se regocijó en que tenía un segundo plan que pondría en marcha enseguida— ¿Qué le parece si la acompaño a la residencia de los barones Látimer?

— Es usted muy amable señor Lanner. Lo cierto es que este sitio me tiene algo nerviosa.

— Lo imagino condesa pero era imperativo que nadie nos viera para el plan que tengo. Ahora si me permite...—le ofreció su brazo y ambos

salieron de la posada. Un carruaje llegó en ese momento como enviado del cielo, ambos subieron y se fueron charlando. Cuando ya iban un poco alejados del sitio donde tomaron el coche, el abogado tenía una expresión extraña— condesa quisiera pedirle disculpas.

— ¿Por qué, señor Lanner?— le preguntó pero en ese momento vio que el carruaje no iba por el camino correcto.

— Por esto— le tapó la boca y la nariz con un pañuelo y mientras ella luchaba por liberarse, él apretaba más, ahogándola.

— Tranquila... no luche y verá que es más fácil. ¿Realmente pensó que dejaría que ese malnacido de Trayford me quitará todo por lo que he trabajado tantos años? Eso fue lo último que escuchó antes de ver todo negro y desmayarse.

Horas después Marianne abría los ojos con un terrible dolor de cabeza y se encontraba de frente con el rostro de Neil. — Yo siempre fui que manejó los asuntos del conde y él me tuvo tanta confianza que jamás me pidió siquiera los libros contables. Gracias a eso pude tener el dinero suficiente para darme una vida decente. Y cuando me dejó en su testamento como el albacea de la dote y propiedades de su hija Daphne pensé que seguiría con el tipo de vida a la que estaba acostumbrado sin que nadie sospechara.

— ¿Por qué está haciendo esto?

—Definitivamente esa pequeña cabecita no sirve para nada ¿verdad? ¿Todavía no entiendes mujer? Tu esposo tenía mucho dinero y lo que yo tomaba de allí era como quitarle un pelo a un gato.

— No puedo creerlo, él confiaba en usted, lo respetaba.

— Todos tenemos nuestras razones, mi querida Lady Abberton.

— ¿Qué es lo que se propone teniéndome aquí secuestrada?— sintió una horrible punzada en la cabeza, estaba tan mareada que tenía ganas de vomitar y el hedor de ese sitio donde la tenían amarrada, la tenía al borde de otro desmayo.

— Sólo quiero que su amante me dé el dinero que necesito para irme de aquí. Luego de eso ustedes dos serán libres para llevar a escondidas su pecaminosa relación.

Ella lo miro sorprendida.

—Oh ya veo qué pensó que no estaba enterado — su expresión llena de cinismo la molestó — bueno, entonces le diré que no sólo estoy enterado de qué retoza usted con el heredero del conde sino que se también que su relación es prohibida por la ley, ya que ese hombre no es el sobrino del conde si no su hijo legítimo porque a pesar de que se crió como hijo de la hermana del conde hay prueba de que nació del primer matrimonio de él con una noble francesa. Se echó a reír — De verdad que es usted ingenua. Realmente pensó que yo no estaba enterado de nada ¿cierto?

Si la gente se enterara de esto, la evitarían como una persona con peste sin hablar de lo que le haría a su reputación y a la del recién nombrado conde de Carlisle. Todo color se drenó del rostro de Marianne — ¿Por qué querría hacerle tanto daño a un hombre que no conoce o a mí, que jamás me porté mal con usted?

—Oh querida...no se lo tome tan personal son sólo negocios— su expresión indiferente le dijo que era un hombre muy frío y calculador.

— Jamás habría pensado que usted era capaz de todo esto ¿cómo pudo idear algo tan bajo?

— Mi querida señora, este mundo sólo se rige por dos cosas; una es la reputación y la otra es el dinero y ambos van de la mano. Mi nombre está en entredicho desde hace mucho por las deudas de juego pero he sabido mantenerlo oculto para que su difunto esposo no se enterara y gracias al dinero que obtuve todos estos años de él, pude comprar el favor de algunas personas que me ayudaron a llevar mi plan a cabo. Le pagué al tabernero para que no dijera que nos hemos visto, le pague al cochero para que nos recogiera y mantuviera la boca cerrada sobre todo lo que viera, y le he pagado a dos enormes hombres que están armados y atentos a defenderme si algo imprevisto ocurre.

— Tiene todo muy bien pensado — le dio una mirada fría. Ella había respetado a ese hombre y hasta había sentido afecto por él, ya que llevaba muchos años trabajando con su esposo y siempre había sido un hombre atento y amable con ella pero en este momento sólo sentía asco.

— Por supuesto — esbozó una sonrisa maléfica.

— Pero no debe preocuparse, pronto todo terminará; yo tendré mi dinero y usted podrá irse.

Ella sólo esperaba que alguien pudiera dar con ella antes de que ese hombre se diera cuenta de que ella le importaba muy poco a Damien como para pagar un rescate.

CAPÍTULO 14

Damien estaba en la biblioteca mirando unos papeles pero en su mente sólo estaba la imagen constante de ella. Debía hablarle, arreglar las cosas porque había sido un tonto al pensar que ella era la culpable de esos ataques. Además él jamás pensó eso, simplemente estaba celoso y no sabía cómo desquitar su rabia y su frustración con ella.

— Milord, una nota ha llegado para usted. El muchacho que la entregó dice que es de carácter urgente.

Tomó la nota y vio con horror que se trataba de alguien que aseguraba tener a Marianne secuestrada y amenazaba con matarla si él no pagaba por un rescate. Al final de la nota le daba instrucciones para llevar una cantidad de dinero a un lugar determinado. Obviamente él sabía que esa persona no estaría allí, sin embargo Damien pensó que tal vez sería una buena idea dejar a alguien vigilando hasta ver quién recogía el dinero y se lo llevaba y luego seguirlo hasta dar con el paradero de Marianne. Salió rápidamente del estudio y se fue a casa de Pippa para averiguar qué estaba pasando y si era cierto que Marianne estaba secuestrada. Cuando llegó a la mansión de los Barones Látimer fue el mismo Barón el que lo recibió diciéndole que su esposa estaba muy afectada porque Marianne no había vuelto todavía y que nadie sabía de ella.

— ¿Por qué no me avisaron inmediatamente?

Pippa me dijo que no había forma de que Marianne estuviera contigo — le dijo mostrando su incomodidad ante la forma en la que exigía las cosas— ella dice que tu casa es el último lugar en el que ella iría porque estaba demasiado herida por tu comportamiento.

Damien tosió algo incómodo también — sí bueno, en realidad tiene razón. De hecho yo quería venir a arreglar las cosas con ella pero recibí esta nota hace una hora. Le mostró el papel a Alan y su semblante enseguida se tornó preocupado

—Esto es inaudito ¡Por Dios! ¿Quién querría secuestrar a Marianne?

—Como puedes ver, alguien que desea mucho dinero.

— Veinte mil libras, es demasiado dinero. ¿Podría ser alguna banda de delincuentes?

— No lo creo.

Ambos fueron al salón donde estaba Pippa sentada con cara de preocupación.

— Buenas noches, lord Carlisle. Ya mi esposo tuvo que haberle comentado que buscamos a Marianne desde esta tarde.

— Cariño, te pido que tengas calma — Alan le hablo despacio tratando de que ella no se alterará.

— ¿Le ha pasado algo a Marianne?

— Lo que sucede lady Látimer, es que al parecer la han secuestrado— explicó Damien.

—¡No! No puede ser.

— Cálmate amor, eso puede hacerte daño en tu condición. Sabes que el

doctor dijo que nada de sobresaltos en tu condición. Queremos que el bebé nazca bien ¿verdad?—le dio un beso en la frente a su esposa.

— ¿Pero es que no has escuchado? Pueden hacerle daño, Alan.

— Si le damos lo que quieren, no le harán daño.

— Eso no es algo seguro — dijo ella desesperada.

—Necesitamos averiguar quién fue, pero la verdad no tengo idea de...

En ese momento Fueron interrumpidos por el mayordomo.

— Milord.

— ¿Estamos ocupados en este momento qué sucede?

— Yo quería tener unas palabras con usted, si me permite.

— Estamos ocupados ahora, Egbert.

— Entiendo milord, pero se trata de lady Abberton.

— Todos Entonces se quedaron en silencio mirando al mayordomo.

— ¿Qué sabes de ella, Egbert?

—Verá milord, yo le entregué la nota que un muchacho trajo esta tarde. Ella la leyó y casi enseguida salió.

— ¿Por qué no nos dijo eso antes?— preguntó el varón.

— Milord, usted sabe que mi trabajo se basa en la discreción—fue toda su explicación.

—¿Donde estaba cuando leyó la nota?

—En el salón de dibujo.

—Es cierto, lo recuerdo bien. Yo pensé incluso que podía ser una nota de lord Carlisle para disculparse y pedirle que se vieran—lo miró

asustada—pero ¿Si no era suya, entonces de quien?

—Tal vez la nota esté en el salón o en su habitación.

Todas comenzaron a buscar hasta que hallaron el papel en la pequeña cesta de basura al lado del escritorio. Estaba roto en varios pedazos pero entre todos lo fueron armando. Minutos después leían la nota del abogado y sabían que la última persona con la que posiblemente Marianne había estado, era con Neil Lanner. Pero Damien tenía una corazonada, era más bien como un mal presentimiento y entonces tomó la nota que le había llegado a su casa y la comparó con la que acaban de encontrar. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando observó que eran exactas; estaban escritas con la misma letra y eso fue suficiente para adivinar que el abogado de toda la vida de la familia estaba detrás del secuestro de Marianne y de sus varios intentos de asesinato.

—Es increíble—dijo Alan que abrazaba a su muy asustada esposa.

— ¿Estás diciendo que el señor Lanner es quien tiene a Marianne?

—Exactamente.

—Eso es imposible —lo miro como si estuviera loco— ese pobre viejo sería incapaz de pensar en un plan como ese. Tienes que estar equivocado—Pippa tomo las dos notas nerviosa y las miro detenidamente —Oh Dios, pero sí parece ser cierto.

Damien salió como loco del salón dispuesto a buscar a Marianne.

—¿A dónde vas? — le preguntó Alan.

— La tengo que encontrar — respondió impaciente.

— Necesitas ayuda, debes hablar con alguien, tal vez un investigador. Tengo un buen amigo que trabaja en Bow Street y él podría ayudarnos.

— Bien, búscalo pero yo debo salir a tratar de encontrarla o me volveré

loco.

Alan lo entendía perfectamente— De acuerdo, es mejor que cada uno busque por una parte distinta, tal vez de esa forma tengamos mejor suerte.

CAPÍTULO 15

Estuvieron toda la noche buscando a Marianne pero no tenían ni una pista. También había estado en bares, barrios buenos y otros no tan buenos y en ningún lado habían visto a Marianne. Tuvo que volver a la casa sin tener la más remota idea de su paradero. Ya eran las ocho de la mañana del día siguiente y él sentía que se volvía loco de preocupación. Todavía recordaba la mirada de la pequeña Daphne pidiéndole que trajera a su madre de vuelta, para que ese hombre malo no le hiciera daño. La niña tenía el terror plasmado en sus ojos porque pensaba que ahora también se quedaría sin madre y estaría sola en el mundo. Pero mientras él viviera esa pequeña jamás estaría sola. Miró su reloj, en unas horas tendría que llevar el dinero al lugar que le dijeron en la nota. Y la única idea que cruzaba por su mente era seguir a la persona que iba a recoger el dinero.

Su mayordomo entró al comedor en ese momento— my lord tiene una visita.

—¿De quién se trata, Hobbs?

— Es el Barón Látimer y el señor Brown

— Por favor hazlo pasar al comedor y di que traigan café.

— Muy bien señor.

Los dos hombres entraron y saludaron —amigo, parece que no has dormido en toda la noche.

— ¿Cómo podría? Estuve buscándola todo el tiempo por cielo y tierra pero no he podido encontrar ni una sola pista.

— Eso se puede arreglar. Quiero presentarte al Señor Brown, es mi amigo y es investigador privado. Ya le he estado hablando de los pormenores.

— Un gusto conocerlo señor Brown—ambos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza.

— Lo mismo digo Lord Carlisle, lamento que no haya podido ser en otras condiciones. ¿Usted tiene algún retrato de Lady Abberton? Perdóneme si voy directo al punto pero en estos casos el tiempo es muy importante para poder dar con el paradero de la víctima.

— Por supuesto, la tengo — sacó un pequeño retrato pintado de ella que guardaba en su bolsillo, dentro de un pequeño relicario. Lo había encontrado entre las cosas de su padre y no dudo un minuto en tomarlo.

El detective miro la foto— esto servirá.

— Estamos al tanto de que desea seguir a la persona que recoja el dinero y me parece una buena idea Pero dudo que esa persona no haya pensado en ello.

Damien lo miró con desesperación — entonces ¿qué podemos hacer?

El mayordomo entró en ese momento — disculpe milord pero alguien desea verlo en la entrada.

— ¿Quién es Hobbs? Estamos bastante ocupados.

— Eso le dije milord, pero el muchacho es bastante insistente, dice

llamarse Pickle.

—Qué nombre tan peculiar — se burló el barón.

— Es un muchacho que conozco hace un tiempo, pero no entiendo que puede querer viniendo hasta acá. Discúlpeme un momento— se dirigió hacia la puerta.

Pickle esperaba al lord que siempre le daba una moneda y que siempre se había portado bien con él. Sabía bien quién era la condesa y en el barrio se había corrido la voz de que la buscaba desesperadamente. Por eso fue a verlo, él conocía a la señora y la había visto un día cerca de la taberna donde trabajaba su madre. La observó subir a un carruaje con un hombre que también había visto un día cuando esperaba al conde para ver si tenía algún trabajo para él.

—Buenas tardes, Pickle.

—Buenas tardes lord—el muchacho hizo una reverencia exagerada— vengo a ayudarlo—le dijo muy seguro.

A Damien le pareció gracioso que ese muchacho de diez años quisiera ayudarlo en algo — ¿Oh Si? ¿Y en qué sería?— le pregunto seriamente.

— Yo vi a la condesa.

El rostro de Damien cambió enseguida— ¿Viste a Lady Abberton? ¿Cuándo? ¿Dónde? —Lo tomo del brazo — entra muchacho.

El chico se quedó con la boca abierta mientras entraba la casa y veía todo el lujo que había y lo gigante que era.

— Vamos al estudio, aquí hay dos personas más que quieren saber lo

que pasó.

—Exactamente ¿a qué horas la viste muchacho? — preguntó el detective.

— Eran como las cinco o tal vez las seis de la tarde. Mi madre estaba por salir de su trabajo en la taberna.

— ¿A quién viste?

—A la señora, bonita. Ella hablaba con un hombre calvo.

— ¿Estás seguro de que era calvo?

— Sí, yo lo he visto afuera de la casa a veces cuando vengo hablar con el lord.

— ¿No los viste discutir o tal vez la viste a ella querer salir corriendo?

— No, se veían como si todo estuviera bien.

— ¿Puedes mostrarnos donde los viste?— Damien le preguntó con la esperanza de que el chico quisiera hacerlo pues era bastante voluntarioso y sólo hacía lo que él quería.

— Sí, puedo llevarlo si quiere. Ya le dije que voy a ayudarlo.

—Gracias, Pickle. No sabes el favor tan grande que me haces, muchacho. Cuando todo esto termine, sabré recompensarte.

Damien fue con el investigador y con el barón a la taberna, y hablo con el dueño que descaradamente le dijo que no había visto a ninguna dama de sociedad ese día. Pero él le pidió al niño que mientras ellos vigilaban a otra persona, él se quedara allí mismo mirando a toda persona que llegara a hablar con el tabernero. Así lo hicieron y cuando la noche llegó varios hombres estaban pendientes de la entrega. El hombre que iba por el dinero lo recogió y se fue apresuradamente. Al seguirlo y encararlo, el hombre asustado dijo que alguien le había pagado por ir por una bolsa a ese lugar y llevarla a otro sitio donde estaría la persona que lo recogería. Todos fueron a ese sitio también pero por más que esperaron nadie llegó.

La mañana siguiente Damien recibió una nota donde le decían que Marianne pagaría por el hecho de que él hubiera buscado ayuda de la ley cuando le advirtieron que no lo hiciera. Afortunadamente Pickle llegó diciendo que un hombre estuvo hablando con el tabernero por horas y que fueron a la parte de atrás donde le dio un saco con monedas.

— Yo seguía al hombre y el pasó por varias calles hasta que se metió en la taberna pero cuando entró no rentó ningún cuarto sino que fue a la parte trasera, a las caballerizas y allí lo esperaba el hombre calvo que tomó un coche luego de hablar con él y se fue. Yo pensé que se iba a donde seguramente tenía a la señora pero cuando el hombre entró a las caballerizas escuche un golpe y un grito de una mujer, me asomé sin hacer ruido y la vi toda golpeada en el piso llorando, botaba sangre por

la boca.

El rostro de Damien era una máscara de furia sus labios se retorcieron en un gruñido— ¡Malditos!— le dio un puño a la mesa que hasta el muchacho se asustó. Escribió una nota para el varón y otra para el detective y se fue enseguida con el chico al sitio que le había dicho.

Allá espero la llegada de los demás pero al no ser capaz de estar sin hacer nada se fue sigilosamente a las caballerizas para ver cuántos hombres había allí al pendiente de Marianne. Caminó muy despacio hasta que la vio en una esquina doblada completamente como si todo le doliera. Ella estaba dormida o tal vez inconsciente, era difícil decirlo desde ese ángulo.

El chico le habló en susurros —lord ¿Y ahora qué hacemos?

— Tú, ve al otro lado y espera que los demás lleguen. Yo me quedaré aquí vigilando que no le hagan nada más a Marianne.

El muchacho salió y el trato de meterse a las caballerizas. Vio a dos hombres altos mal encarados que jugaban cartas en una mesa y reían.

— ¿Entonces el viejo dijo que venía con el dinero?

— Sí, dijo que ya mañana lo tendría y que entonces podíamos conservar a esta hermosura para nosotros si nos daba la gana.

— No veo la hora, esa mujer me tiene duro desde que la vi. Mañana no va a poder caminar de la montada que voy a darle.

— Qué vamos a darle — corrigió el otro. Ambos echaron a reír a carcajadas mientras Damien los escuchaba y simplemente quería matarlos a los dos.

— ¿Y después de eso que hacemos? ¿Nos deshacemos de ella?

— ¿Eres idiota? Yo creo que con esa cara y ese cuerpo podemos

venderla yo conozco un hombre que paga muy bien por mujeres como ella. He sabido de casos donde han desaparecido mujeres de Londres utilizándolo a él. Creo que las lleva al Oriente o no me acuerdo si es a otro lado, pero allá le pagan el triple de lo que él nos va a dar a nosotros y las ponen a trabajar en burdeles, y creo que también hay otros que las toman por esposas.

—Oh sí, he escuchado que por esos lados Los hombres tienen hasta cincuenta esposas.

— Maldita sea, yo no puedo con una sola y hay veces que tengo que meterla en cintura con algunos golpes. No quiero pensar en tener más.

Ambos se echaron a reír y de repente varios hombres llegaron con armas y los hicieron caer al piso, tomándolos completamente desprevenidos.

—Espero que al menos demuestren algo de inteligencia y no se muevan sino quieren salir heridos o algo peor—dijo el detective. Ninguno se resistió pues los superaban el número.

Damien los vio allí tirados y enseguida corrió por Marianne, la tomó en brazos y comenzó a darle pequeñas palmaditas en las mejillas— Marianne mi amor— ella no respondía — mi cielo, no me dejes por favor, te lo suplico— se acercó más a ella—Te amo — le dijo al oído. Marianne comenzó abrir los ojos despacio, sentía que todo su cuerpo dolía. Al verla en ese estado no se aguantó y la dejó allí un momento mientras se abalanzaba sobre los hombres que en ese momento estaban siendo apresados.

— ¡Desgraciados, hijos de puta! — tomó a uno y le dio un puño en el estómago — ¿Te gustó? —le dio otro golpe—Malnacido —le dio otro golpe más, hasta que el detective lo separó del hombre.

— Por favor lord Carlisle, debe calmarse, no puede asesinarlo. Déjenos

hacer nuestro trabajo y le aseguro que haremos justicia.

— ¿Por qué no puedo asesinarlo? ¿Es que acaso ellos no iban a hacer lo mismo con mi mujer?— gritó delante de todos haciendo evidente su relación con Marianne.

—Damien... ella lo llamó con su voz todavía muy débil — por favor, no lo hagas. El volvió hasta ella y la tomó en sus brazos — mi amor ¿es que no ves lo que te han hecho?— la miro toda golpeada y sintió deseos de caerles encima de nuevo pero al verla tan débil y pálida se apresuró para mejor a llevarla a casa y que un médico la viera.

CAPÍTULO 16

Dos semanas después, Damien llegaba a casa de los barones a visitar a Marianne. Lo recibió el mayordomo que enseguida lo llevó al jardín donde estaban tomando el té, Pippa y su amiga.

— Buenas tardes—saludó a las damas.

—Buenas tardes —ambas levantaron la vista y sonrieron.

—Me da gusto ver que cada día estás mejor, Marianne—se sentó a su lado.

Daphne llegó en ese momento y al verlo corrió hacia él y lo abrazó — Damien se quedó sorprendido pues ella siempre fue algo prevenida con él — gracias por salvar a mi mami.

—No hay de qué, princesa. Yo jamás habría dejado que nada malo le pasaría.

La niña volvió a abrazarlo — Te quiero Damien

Esas palabras hicieron un nudo en su garganta y sintió como si esa coraza que tenía en su corazón se quebrara— yo también te quiero Daphne.

La niñera que estaba allí con los ojos sospechosamente húmedos, tomó la mano de la niña — creo que es hora de que tomemos el té con las damas de

arriba, milady.

— ¿Ya todas están en la mesa esperando?

— Todas — respondió Abbie con una sonrisa.

— Ve, cielo. Más tarde subiré para acompañarte un rato.

Pippa se levantó —yo también voy a ir a tomar otro té, pero esta vez con las damas de arriba — les guiñó un ojo.

Ambos se quedaron solos y ninguno sabía que decir.

— ¿Qué damas son esas?— pregunto de pronto, Damien.

Eso hizo reír a Marianne — son sus muñecas pero ella cree que son damas de sociedad que toman el té con ella.

—Oh ya veo— sonrió comprendiendo de qué se trataba todo.

—Vine porque deseaba verte, necesitaba hacerlo. Pero también quería que supieras que localizaron a Lanner huyendo a Escocia.

—¿Lo atraparon?

—Sí, lograron atraparlo. Ya no nos molestará más.

—Gracias a Dios.

—Ahora por fin estaremos juntos—él besó su mano.

— ¿Lo estamos? —le preguntó mordiéndose el labio con nerviosismo

— Hay algo que me gustaría saber.

— Sabes que puedes decirme lo que quieras.

— Yo quiero saber si eso que me dijiste cuando estabas a mi lado aquella noche; tratando de que despertará, es cierto.

— ¿Cuando te dije que te amo? ¿Es eso lo que quieres saber?

— Su rostro se sonrojó — Sí.

— Es totalmente cierto yo no sabía cuánto me importabas hasta que esos desgraciados te llevaron de mi lado. Tú me has cambiado Marianne, has cambiado mi corazón cuando pensé que era imposible amar después de tener tanto rencor en mi alma por lo que había tenido que vivir en mi niñez, llegaste tú y lo quitaste todo.

—¿No recuerdas nada bonito de tu niñez?

Él negó con la cabeza— nada. La hermana de mi padre fue mi madre en todos los sentidos pero era muy débil frente a su esposo que era un maltratador y le pegaba a ella y a mí desde muy pequeño. Tuve que ver todo eso y aguantar el escuchar los gritos de mi madre cuando la golpeaba y tuve que pasar hambre porque todo el dinero que el Conde le mandaba a su hermana, el hombre se lo gastaba en putas, juegos y licor. Así fue mi vida hasta que crecí y me hice fuerte y pude enfrentarlo un día y echarlo de su casa pero para ese entonces mi madre no tenía alegría de vivir ni tampoco ganas. Se fue debilitando y un día una gripe muy fuerte se la llevó. Pero antes me dijo la verdad y me dio una carta donde mi padre le daba instrucciones y le preguntaba si el niño estaba bien así como también le decía que le mandaría dinero para la manutención, algo que con el tiempo olvidó.

—¿Qué hiciste después de que tu madre murió?

—Ya después me dediqué a trabajar y viajé a diferentes partes haciendo diferentes trabajos hasta que pude comprar mi barco y así pude negociar con telas, algo que me dio muy buen dinero.

Ni una sola vez se interesó por saber dónde estaba, y yo tampoco me interese por saber que había sido de su vida pero desafortunadamente el

mundo es un pañuelo y un día me lo encontré en un bar de caballeros. Ya sabes, un sitio de esos donde hay ciertas damas con cierta reputación.

— ¿Quieres decir cortesanas?

— Si, eso mismo.

— ¿Y qué sucedió?

—El hombre no se dio por aludido, ni siquiera reconoció a su propio hijo ¿Puedes creerlo?—le dijo con una risa irónica, todavía le causaba dolor el recordarlo.

Un tiempo después lo vi contigo y con Daphne, parecía el hombre más orgulloso del mundo. Se veía feliz algo que me molestó. Un hombre tan malo, un tirano como aquel, no tenía derecho a ser feliz a costa del sufrimiento de su propio hijo. Lo estudié, lo analicé y miré la mejor manera de acabarlo pero para cuando iba a hacer mi movimiento, me enteré de que había muerto en un accidente.

— Vine aquí con la intención de tomar todo lo que era mío por derecho y de hacerte pagar a ti, lo que él debió pagar.

Marianne tomó su mano — lo siento mucho, mi amor.

Él la miro avergonzado ¿Cómo puedes sentirlo cuando yo te hice sufrir tanto?

—Tú no tienes la culpa. Fueron las circunstancias y las decisiones erradas de tu padre. En honor a la verdad, tu padre siempre fue un hombre bueno conmigo y con mi hija. Nunca tuve una queja de él porque estuviera con otra mujer o porque me maltratara. Era un poco distante a veces, pero yo me imaginaba que sería por asuntos de

negocios que le preocupaban. Ni en un millón de años habría podido imaginar que él tuviera un hijo y que no lo había reconocido.

— ¿Se amaban?—Damien necesitaba saberlo.

—Manteníamos una relación cordial, ni amorosa, ni apasionada, solo un mutuo respeto donde cada uno cumplía su deber de esposo y esposa, dentro del matrimonio, pero aun así no puedo decir que haya sido infeliz con tu padre—ella se acercó y le dio un beso suave en los labios —lo siento, lo siento tanto...

— Soy yo, el que debe decir lo siento. No mereces palabras tan duras de mi parte. Eres una mujer extraordinaria y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Se arrodilló —¿Me harías el honor de convertirte mi esposa?

Ella lo miró con lágrimas en los ojos — Sí, mi amor. Acepto ser tu esposa.

Él se levantó rápidamente y la alzó en brazos sonriendo— Te juro que te haré muy feliz.

Ella acarició su rostro con dulzura — Ya me haces muy feliz.

EPÍLOGO

Marianne miraba por la borda el hermoso atardecer. Desde la enorme embarcación había visto delfines nadando casi tan cerca que podía tocarlos y todavía le parecía increíble. La brisa del mar acariciaba su rostro y sentía una paz extraordinaria. Por fin podía mirar de frente a la gente al lado de Damien sin avergonzarse porque fueran a pensar algo terrible, pues hacía poco se habían casado y ahora disfrutaban de su luna de miel en la cual también habían incluido a la pequeña Daphne y a su niñera, Abbie. Comenzaron su viaje en Escocia pero luego fueron a la India a visitar a sus hermanas que al ver a Damián casi mueren de envidia. Pensaba en lo rápido que había sucedido todo; en un momento su anterior marido había muerto y sólo un año después conoció al hombre de su vida. Luego entre disgustos e intrigas, sufrió un atentado contra su vida, fue secuestrada y al final terminó casada de nuevo. Le agradecía a la vida todos los días que entre ellos quedó el secreto de que Damián era el legítimo hijo del conde porque de lo contrario jamás habrían podido casarse. Afortunadamente Neil Lanner había sido apresado, pero lo malo fue que pidió hablar con Damien y le dijo que si no lo sacaba de allí, mostraría las cartas que eran las pruebas de que él no era el sobrino sino el hijo del conde y la gente censuraría esa atrocidad que pensaba hacer casándose con la viuda de su padre.

Damien no cayó en sus amenazas aunque sí estuvo a punto de asesinarlo allí

mismo cuando el hombre muy cínicamente le dijo que sus intenciones antes de que él llegara a dañar todo, eran las de tomar todo el dinero que pudiera de la dote de la niña, mientras ella crecía y darse la buen vida con el pero cuando él llegó todo se fue al diablo. A Damien le faltó poco para acabar con él, por querer robarle a una niña pero se dijo que no valía la pena y obviamente no aceptó su trato sucio. Unos días después se enteró de que había aparecido muerto y aunque no se alegró si sintió un alivio porque él desgraciado se llevaba su secreto a la tumba, los rumores decían que cuando Neil Lanner llegó a la cárcel se encontró con que ahí estaban los hombres que lo ayudaron a mantener cautiva a Marianne y a los que jamás les pagó. Ellos se encargaron de él allí y sospechosamente dos días después amaneció muerto.

Ahora parecía que todo cambiaba para mejor. Su hija cada día estaba más unida a Damien y ella se sentía feliz de despertar cada día a su lado. Y en cuanto a Pickle, el muchacho que los había ayudado tanto a descubrir donde la tenían secuestrada, Damien lo había ayudado comprándole una casa muy bonita en el pueblo de donde era la madre del chico. Allí ambos estaban contentos y llevaban una buena vida.

—¿Por qué tan pensativa? —la voz de su esposo la sorprendió.

—Hola, amor. Estaba pensando en lo felices que somos.

—Te amo—le dijo porque eso era la palabra que encerraba todo lo que sentía en su corazón.

—Yo también te amo —. Respondió ella.

— Me encanta escucharlo.

—¿Prometes que siempre seremos así de felices?

—Lo prometo, mi vida. Te has convertido en la luz de mi vida, Esa luz que tanto necesitaba para quitar la oscuridad que había en mi corazón.

Ella lo miró con ojos húmedos—yo también prometo que te haré feliz y que jamás te dejaré porque eres el aire que respiro.

Damien besó su cuello — creo que estamos despertando envidias porque siento muchos ojos sobre nosotros — comenzó a reír.

Marianne observó disimuladamente a un lado y efectivamente dio varias parejas que estaban también Aquí mirándolos tal vez con sorpresa, desaprobación, sencillamente con ganas de ser ellos los que estuvieran así. Eso la hizo sonreír también — tengo una idea — sus ojos chispearon de felicidad—¿Por qué no vamos a nuestro camarote y me demuestras todo eso que dices que me amas?

—Con gusto, milady—le ofreció su brazo con una sonrisa pícaro que hablaba de muchas promesas. Ambos se perdieron el resto de la tarde y la noche encerrados en su habitación dando rienda suelta a su amor.